



REFORMA

DE LA

ORTOGRAFÍA CASTELLANA

(DEDICADA Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

UNO de los mayores absurdos, corriente como la cosa más natural en todos los países, con el beneplácito de la mayoría de las personas doctas, es el hecho de no escribir las palabras exactamente como se pronuncian. Es un verdadero contrasentido el poseer caracteres alfabéticos para representar los elementos fónicos de los vocablos, y emplearlos convencionalmente, prescindiendo á cada paso del sonido que representa cada uno. La costumbre, que con harta razón se ha llamado «una segunda naturaleza,» nos ciega hasta el punto de no ver nada de particular ó, por lo menos, de no hallar gran inconveniente en esta falta de lógica, á pesar de ser en realidad una de las mayores aberraciones que se registran en la historia del hombre civilizado y culto.

Para comprender y hacer resaltar hasta qué punto es anómala é inconveniente esa práctica, admitida en todos los idiomas (mucho menos que en otros en el nuestro, en honor de la verdad), hay que buscar comparaciones por analogía en un orden de signos en que no existan tales irregularidades,

en la numeración, por ejemplo. Á semejanza de las letras, elementos de las voces, tenemos las cifras, que lo son de las cantidades, con la diferencia de que aquéllas no tienen valor relativo como éstas y sí sólo absoluto. ¿Qué diríamos del sistema de numeración, si un guarismo, el 5, por ejemplo, cambiase de valor absoluto, se hubiera de leer *cuatro*, supongamos, cuando le precediese ó le siguiese otra cifra determinada, el 7, verbigracia? Y crecería de punto nuestra estupefacción si se nos dijera que este cambio no se verificaba, sin embargo, en muchos casos, en determinadas cantidades. Pues esto es precisamente lo que ocurre á cada paso con las letras en la escritura de las palabras en las diferentes lenguas, por ejemplo, en francés con la *e* y la *i*, que, teniendo valor propio perfectamente determinado su sonido alfabético, le cambian respectivamente en *a* y en *e* cuando forman sílaba inversa con la *m* ó la *n*, alteración de sonido que no se verifica, sin embargo, en numerosos casos.

Es claro que semejantes excepciones, establecidas de intento, no tendrían explicación alguna, como la tienen muy cumplida las irregularidades ortográficas, traídas insensiblemente por la inevitable evolución de la palabra hablada y el empeño de no alterar la escrita. Lo que no tiene justificación es ese empeño, arraigado, por desgracia, en las personas doctas, como he dicho, hasta el punto de que, negándose á entablar discusión con los que sostenemos la fonografía, no se dignan ni aun leer las incontrovertibles razones que se han dado en defensa de ésta y contra los deleznable, insostenibles y cien veces refutados argumentos de los partidarios de la etimología.

Afortunadamente el tiempo, que es el gran desfacedor de errores, se encargará de hacer triunfar la buena causa, que tengo el derecho de afirmar explícitamente es la del fonetismo, toda vez que nadie se ha tomado la molestia de replicar á los numerosísimos razonamientos con que hace años vienen apoyándolo en varias naciones las sociedades de *Reforma Ortográfica* y he defendido yo en España. El número de estas asociaciones, á cuyo frente se ponen ya las eminencias lingüísticas contemporáneas, va en aumento; y no cabe dudar

que el triunfo, quizá lejano todavía, es sólo cuestión de tiempo. Mal que pese á los tímidos, obcecados por la rutina, la idea de reforma ortográfica ha entrado ya en el número de las grandes aspiraciones modernas; y si no una generación, otra verá el triunfo de la fonografía, que traerá beneficios inmensos, incomprensibles hoy para los que no se dignan leer lo que escribimos los que, menos doctos tal vez, hemos sabido mejor romper con la rutina y ver más claro. Nuestros descendientes se asombrarán de que haya costado tanto trabajo hacer una reforma tan sencilla en el fondo y tan sumamente ventajosa.

No tiene por objeto el presente escrito reunir y acumular argumentos para convencer á los enemigos de la fonografía. Si á alguno que otro de los que lean estas líneas mueve un poco á curiosidad la actitud resuelta con que afirmo que el etimologismo, como base de la ortografía, está herido de muerte, procure enterarse de lo que han publicado y siguen dando á luz para hacer propaganda las varias sociedades de reforma hoy existentes en Francia, Suiza, Alemania, Suecia, Inglaterra y los Estados Unidos; lea si gusta lo que, si bien humilde y de escaso mérito, he escrito yo mismo sobre el particular, con especialidad mi folleto «La ortografía fonética.»

En el modesto ensayo que va á leerse, doy por supuesta é indiscutible la necesidad de corregir la ortografía castellana, y me propongo presentar el proyecto que me parece más conducente para llevar á cabo la reforma. Muchos, antes que yo, han estudiado la cuestión, algunos muy á fondo; y sin embargo han fracasado como acaso fracasaré yo también: cuando se tiene en contra la opinión de las gentes ilustradas en general y la indiferencia absoluta de las masas, es muy difícil hacerse escuchar, y esta índole de trabajos están casi fatalmente condenados al olvido. Sin embargo, el que está persuadido de la bondad de la causa que defiende no debe arredrarse, y cumple con su conciencia al sostener esa causa. Los tiempos son, por otra parte, menos adversos cada día, y además no estoy aislado como mis predecesores, puesto que cuento en otros países con centenares de consocios y co-

legas entusiastas, cuyo ejemplo me alienta tanto más, cuanto que veo la relativa facilidad de la empresa en una lengua que, como la nuestra, tiene ya andada por lo menos la mitad del camino hacia la fonografía. Mucho tiempo hace que hubiera yo podido publicar este *proyecto*, puesto que hace unos veinte años que empecé á desarrollarlo; pero lo he creído de todo punto ocioso porque no me parecía llegada la oportunidad. Quizás aún sea prematura la ocasión, pero sería ya sobrado pesimismo el no arriesgar una intentona.

Para proceder con todo método y hacer en lo que cabe un examen completo, al par que breve, de la cuestión, voy á dividir el asunto en tres partes: 1.^a Defectos de que adolece nuestra ortografía; 2.^a Proyecto de reforma, y 3.^a Modo de realizarla.

PARTE PRIMERA

DEFECTOS DE QUE ADOLECE LA ORTOGRAFIA CASTELLANA

El fin á que debe tender la reforma de todas las ortografías, para lograr una escritura fonográfica en lo que cabe perfecta, es tan radical, que su sola enunciación parecerá á muchos un delirio por lo menos comparable con el generalmente considerado como el más utópico de los delirios, la lengua internacional, que, sin embargo, es una de las más nobles aspiraciones del hombre, una aspiración destinada á ser realizada por las generaciones futuras, ya que la nuestra no se halla preparada para comprenderla, y califica de locos, ó por lo menos de visionarios, á sus apóstoles y propagandistas.

La fonografía, como su mismo nombre indica, consiste en *escribir exactamente como se pronuncia*, destinando invariablemente un signo á cada sonido, pero un signo solo, siempre

el mismo, con lo que dicho se está que huelga hasta la diversidad entre mayúsculas y minúsculas, si bien nada se opone á que se hagan de mayor tamaño ó más gruesas ciertas iniciales cuando convenga que resalten, ni á que se distinguan por el adorno y belleza caligráfica, por el caído ó la inclinación, etc., ciertos caracteres, ya impresos, ya manuscritos ó ya éstos de aquéllos, con tal de que la forma esencial sea la misma, como lo es actualmente para la *b*, la *c*, la *m*, etc., impresas ó manuscritas.

Hasta aquí no hay gran cosa de particular. Pero la fonografía debe ir más lejos y buscar un abecedario único, que contenga los sonidos y articulaciones de todos los idiomas, como ya lo empleamos, aunque provisional, los individuos de la Asociación fonética de París. Cada pueblo tomaría de este alfabeto internacional los signos que le fueren necesarios, dejando á un lado aquellos de que no hubiere menester, con lo que los sonidos comunes á las distintas lenguas, que son los más, se escribirían del mismo modo en todas ellas.

Esto, que ya repugnará á los tímidos, reclama otra innovación contra la que se levantarían en masa si creyesen que puede tomarse en serio y llegar á ser inminente algún día: la creación de un alfabeto completamente nuevo. No hay que pensar mucho, sin embargo, para comprender que ésta es una consecuencia necesaria de la universalidad de los signos; porque los existentes en cualquier alfabeto de los conocidos son de todo punto insuficientes para el crecido número de sonidos que se obtiene sumando los de todos los idiomas. Claro es que la formación de este abecedario universal exige el más exquisito tacto, y debe preceder á ella un concienzudo estudio de clasificación de los sonidos, á fin de que los signos ofrezcan semejanzas y desemejanzas correspondientes á las de aquéllos. Esta importante consideración, unida á la de la conveniencia de que tengan toda la sencillez compatible con su gran número (que no permitirá sean propiamente taquigráficos), me hace apartarme de la opinión respetable, pero á mi juicio poco fundada, de los que quisieran tomar el alfabeto latino como base del común para

los diversos idiomas. Sobre este punto de los alfabetos internacional y taquigráficos ha publicado *Le Sténographe*, órgano de la Sociedad taquigráfica de París, una Memoria mía titulada *Deux alphabets*, en que hallará más desarrollo el que se interese en esta cuestión.

Pero si tan radical es el objeto á que debe aspirar evidentemente la fonografía internacional, como último término de las reformas ortográficas en las distintas lenguas, estas reformas se van preparando y se efectuarán paulatinamente, conservando cada una de aquéllas por tiempo indefinido el alfabeto que posee, con las únicas modificaciones que sean indispensables para que haya exactamente el mismo número de signos que de sonidos, y se empleen aquéllos de un modo absolutamente regular. Así, pues, concretándome á la ortografía española y admitiendo como aceptables los actuales signos de puntuación, que son casi universales, y el uso que de ellos se hace, por más que la fonografía debe también estudiar para el porvenir este detalle que es susceptible de gran mejora, veamos cuáles son los defectos de que adolece nuestra escritura en cuanto á las *letras* y á los *acentos*.

CAPÍTULO I

Letras.

Hay en castellano signos que representan más de un sonido:

IRREGULARIDAD 1.^a La *g* suena *gue* cuando forma sílaba directa con las vocales *a, o, u*; en sílaba inversa con las cinco y además siempre que le sigue consonante. Ejemplo: *el gato de Ignacio es glotón.*

Pero tiene el valor de la *j* si forma sílaba directa con las vocales *e, i*. Ejemplo: *gente gitana.*

IRR. 2.^a La *c* suena como *k* en todos los casos en que la *g* es *gue*. Ejemplo: *las cosas ficticias son increíbles.*

Y equivale á *z* en los mismos en que aquélla es *j*. Ejemplo: *Certidumbre Científica.*

IRR. 3.^a La *r* es suave en fin y medio de dicción, si no le precede *l*, *n* ni *s*, y fuerte cuando es inicial ó le antecede *l*, *n* ó *s*. Ejemplo: *reparar*.

IRR. 4.^a La *y* es consonante cuando hiere á vocal, y es vocal cuando va sola ó precedida de alguna vocal. Ejemplo: *ayer y hoy*.

IRR. 5.^a La *x* se pronuncia como *s* cuando precede á consonante, y equivale á *ks* si le sigue vocal. Ejemplo: *extremadas exigencias* (1).

Á veces un sonido está representado por más de un signo:

IRR. 6.^a El sonido *ke* puede escribirse con los cuatro signos *c*, *k*, *q*, *x*. Ejemplo: *exigen cuatro kilogramos de queso*.

IRR. 7.^a El sonido *je* tiene los signos *g* y *j*. Ejemplo: *Jorge*.

IRR. 8.^a El sonido *ze* se puede expresar por *c* y *z*. Ejemplo: *Cereza*.

IRR. 9.^a Para el sonido *se* empleamos unas veces la *s* y otras la *x*. Ejemplo: *esta explicación* (1).

IRR. 10. El sonido *rre* dispone de *r* y *rr*. Ejemplo: *recorre*.

IRR. 11. Para el sonido *ye* tenemos *y* ó *hi*. Ejemplo: *ya hiela*.

IRR. 12. El sonido *i* se representa casi siempre con el signo *i*, pero también algunas veces con *y*. Ejemplo: *si voy*.

IRR. 13. El sonido *be* se escribe unas veces con *b* y otras con *v*. Ejemplo: *víbora*.

Hay un signo sencillo que representa un sonido doble:

IRR. 14. El signo *x* equivale á las dos consonantes *ks*. Ejemplo: *examen*.

(1) Admito como correcta la pronunciación de Castilla, principalmente la de Madrid entre las personas cultas. En Cataluña se sigue diciendo *ekstremo*, *eksplicar*. Por lo demás, la simplificación de este grupo de articulaciones es un fenómeno lingüístico propio de las lenguas novo-latinas, realizado ya en italiano, que se va produciendo en español y acaso en portugués, y que asoma también en la lengua francesa, donde, aunque nada digan las gramáticas, se nota ya actualmente en algunas palabras como en *expliquer* que se pronuncia *espliqué*.

Hay signos dobles que valen por sonidos sencillos. Son:

IRR. 15. La *ch*. Ejemplo: *chopo*.

IRR. 16. La *ll*. Ejemplo: *llave*.

IRR. 17. La *rr*. Ejemplo: *tierra*.

Hay signos mudos algunas veces, es decir, que aunque se escriben no se deben leer. Son éstos:

IRR. 18. Casi siempre la *h* que no forma la compuesta *ch*. Ejemplo *hombre*.

IRR. 19. La *u* que se elide en las sílabas *gue*, *gui* y *que*, *qui*. Ejemplo: *¡qué guerra!*

IRR. 20. Muchas veces la *n* de la preposición latina *trans* usada como prefijo castellano. Ejemplo: *transparente*.

IRR. 21. Por último, algunas consonantes que la Academia ha restablecido, aunque hace tiempo desaparecieron de la pronunciación castellana. Ejemplo: *oscuro*, *subscripción*.

Hay dos formas de letras:

IRR. 22. Existen letras mayúsculas y minúsculas, cuyo empleo convencional no corresponde á nada en la pronunciación. Ejemplo: *el Doctor Martínez vive en Madrid, calle de la Luna*.

CAPÍTULO II

Acentos.

Los acentos (y la diéresis lo mismo) son molestos en el manuscrito, porque obligan á levantar la pluma y hacen perder tiempo. Á economizarlos todo lo posible deben tender las reglas ortográficas sobre su uso, y hay que convenir en que nuestra Academia, lejos de acercarse á este desiderátum, se aleja de él. Pocas, muy pocas, rarísimas son las personas que saben emplear los acentos conforme á las reglas dadas por la Docta Corporación. El escritor, en general, se desentiende de esto; y en las imprentas, que es donde mejor se conocen los preceptos ortográficos, aplican las principales

reglas sobre acentos, pero descuidan otras, porque hay realmente complicación.

No tiene este detalle la importancia que las letras, para que me detenga yo á hacer una crítica minuciosa de todos los preceptos más ó menos desacertados que sobre el particular trae el prontuario de Ortografía de la Academia Española. Aquí no puede decirse, como en las letras, que hay defectos contra el saludable y racional principio de escribir como se pronuncia, sino tan sólo preceptos más ó menos arbitrarios y reglas que, en vez de ahorrar los acentos y simplificar su uso, los multiplican sin necesidad y hacen enojoso su recto empleo. Por esta razón me limitaré á denunciar como inconveniente la novísima reforma relativa á las voces terminadas en *n*, complemento de las reglas que regían sobre las acabadas en *s*, que debieran haberse derogado en vez de completarlas con aquella innovación, que, admitida ya y corriente hoy en casi todas las imprentas (lo que, dicho sea entre paréntesis, demuestra la facilidad con que la Academia podría rectificar nuestra ortografía), constituye un nuevo obstáculo que vencer; pues, como voy á probar, será necesario derogar algún día semejante prescripción, que nada resuelve y produce muchas más irregularidades de las que tiende á evitar.

Redúcense, como es sabido, las reglas sobre las voces terminadas en *n* ó *s*, á acentuar éstas cuando son agudas, como *varón cortés*, y no hacerlo si son llanas, como *margen, lunes*. Como se ve, son excepciones á las dos reglas generales de acentuación de las palabras agudas y llanas, y en este concepto las trae el Prontuario de la Academia; puede decirse que, para la acentuación, la *n* y *s* finales no cuentan como consonantes, y se tratan los vocablos que en ellas terminan como si lo hicieran en vocal. Veamos los motivos en que han podido fundarse estas excepciones y examinemos las consecuencias á que han dado lugar, lo que pondrá de manifiesto la absoluta carencia de meditación y tino con que se han dictado.

Principiemos por la *s*. Sin la excepción, habría que acentuar todos los plurales y ciertas personas de los verbos, lo

que, sobre ser molesto por la extremada frecuencia con que habría que repetir el acento, daría origen á una anomalía, porque no lo llevan la mayor parte de los singulares, ni otras personas de los verbos en los mismos tiempos, y no dejaría de ser chocante el escribir *compro un libro, cómpras libros*. Aunque la Academia, para evitar este inconveniente, no siguió el camino más directo, y he de hacer ver en el capítulo II de la segunda parte de este escrito cuál hubiera sido el medio natural y sencillo de obviar á todo, no puede desconocerse que había realmente un fundamento para dictar alguna disposición; y aunque no muy acertada, hubiera podido transigirse con la que ya de muchos años á esta parte es oficial.

No sucede lo mismo con la excepción introducida por analogía en estos últimos años para las voces terminadas en *n*. Por de pronto, no hay completa paridad entre el caso de la *n* y el de la *s*; pues al paso que ésta ofrece el inconveniente de los plurales en las voces llanas (*mano, manos*) y las segundas personas de singular y primeras y segundas de plural en los verbos (*amo, amas, amamos amáis*), aquélla no puede dar origen á dudas más que en la tercera persona del plural (*amo, aman*). Si poco acertado fué el establecer una excepción tan amplia para las palabras terminadas en *s*, á pesar de los cuatro casos en que, por ser accidente gramatical de voces que no tienen acento, repugna este signo, la misma excepción para la *n*, que ofrece, como vemos, un solo caso de desinencia, es la cosa más injustificada que ha podido imaginar un académico.

Sin embargo, hay un fundamento, siquiera sea aparente, para asimilar, por la acentuación, las palabras que acaban en *n* con las que lo hacen en *s*, y es que éstas son las dos únicas consonantes que se añaden á los sustantivos ó verbos para contribuir á formar sus accidentes; y esta consideración fué sin duda la que decidió á la Academia á admitir tan de ligero una innovación sobrado peregrina. Lo que no se comprende es cómo no se levantaron en su seno voces que hicieran ver los muchos inconvenientes que saltan á la vista. Porque es claro que si con esta modificación se remedia en un caso el mal de que se huye (tener que escribir *áman, amáran* de

amo, amara; amaran de amaré), se cae de lleno en él en otros más chocantes y frecuentes, como son: 1.º, los plurales de todos los sustantivos llanos que terminan en *n*, los cuales, siendo por precisión esdrújulos, necesitan el acento (*virgen, vírgenes; volumen, volúmenes*), dificultad que no se presentó con la *s*, porque los sustantivos llanos que en singular acaban en esta letra son iguales en plural (*la crisis, las crisis, y no crisis*); y 2.º, los plurales de todos los nombres agudos en *n*, que siendo llanos en *s*, no pueden llevar acento (*nación, naciones; andén, andenes*), inconsecuencia que se comete asimismo en las voces agudas en *s*, pero que pasa inadvertida por lo escasas que son éstas (*anís, anises; revés, reveses*).

De suerte que, prescindiendo de las voces esdrújulas, en que no se omite jamás el acento por consideración alguna, y prescindiendo, por tanto, de las que ya de hecho lo son en singular y terminan en *n*, como *régimen*, las cuales en plural transportan el acento á la sílaba siguiente, en vez de hacerse sobreesdrújulas, como se ve en *regímenes*, prescindiendo de estos casos, digo, que caen por completo fuera de la disposición que estoy criticando, la cual sólo se refiere á las voces llanas y á las agudas terminadas en *n*, se que ve al aplicar á éstas la excepción que hace tiempo rige para las en *s*, se introdujo en *todos* los innumerables sustantivos de aquella terminación la misma irregularidad que se había tratado de evitar en la *s* (y que, como se ha visto, no se consiguió del todo, puesto que subsiste en *revés, reveses*, etc.). Obsérvese bien que antes de esa innovación no había en las voces acabadas en *n* ni un solo caso de plural en que fuese posible la tal irregularidad (*volúmen, volúmenes; nacion, naciones*). Hoy no existe un solo caso en que no la haya.

Por otra parte, el tal precepto ha aumentado de un modo increíble el número de acentos, como lo prueba la observación siguiente, que puede comprobar todo el que tenga paciencia para ello. En las páginas anteriores, hasta el epígrafe *Parte segunda*, se cuentan (salvo algún insignificante error por descuido) unos 60 sustantivos agudos terminados en *n*, y apenas llanos; es decir, que ha habido que poner 60 acentos donde antes eran suficientes 6, ó lo que es lo mismo, se ha

decuplado el número de acentos en las voces computadas.

Este resultado no tiene, por lo demás, nada de extraño, y lo único difícil de comprender es que no se haya previsto. La regla general de que las voces terminadas en consonante no se acentúen cuando son agudas tiene el fundamento solidísimo de que rara vez son llanas, y para estos contados casos de excepción no es muy molesto usar el acento gráfico; es, pues, natural que la mayoría de los vocablos acabados en *n* sean agudos. Y nótese que el contingente de voces de esta terminación no es despreciable, porque en nuestra lengua casi no hay más consonantes finales que las cuatro siguientes: *s, n, r, l*.

La Academia podrá no revocar ese mal paso, pero no puede dejar de conocer que erró; y si no, que intente alguno refutar los argumentos que dejo estampados en las precedentes líneas. Las dos excepciones hechas en la acentuación de las voces terminadas en *s* y *n* son desacertadas; pero la segunda y más moderna es sobre todo contraproducente, porque da por resultado un gran aumento en el mal que trataba con ella de evitarse y acrecienta de una manera extraordinaria el incómodo uso del acento.

En el capítulo II de la segunda parte se verá con qué sencillez hubieran podido salvarse esos inconvenientes y tener para la acentuación en todos los casos muy pocas reglas, y éstas sencillísimas.

PARTE SEGUNDA

PROYECTO DE REFORMA DE LA ORTOGRAFIA CASTELLANA

Señalados todos los defectos de que adolece la escritura castellana, es muy fácil proponer, para remediarlos, las correcciones que deben llevarse á cabo, y en el fondo no hay

ni puede haber divergencia de opiniones. Sin embargo, difieren algo los distintos proyectos de reforma que de tiempo en tiempo aparecen, no tan sólo porque algunos pecan de incompletos, sino también y muy principalmente por falta de tacto y de sentido práctico en ciertos detalles. La universal resistencia á todo cambio, con que tiene que luchar el que propone algo nuevo en cualquier materia, hace por demás delicada la misión del innovador, y con especialidad en ortografía, donde reinan preocupaciones arraigadas y difficísimas de extirpar.

Sin pretensión alguna de haber sabido yo solo salvar los escollos, y con el único fin de contribuir en la medida de mis fuerzas á la importante empresa de la rectificación de nuestra ortografía, voy á proponer un proyecto de reforma que, por lo menos, tiene la garantía de haber sido elaborado y sucesivamente completado en el trascurso de más de veinte años y habida cuenta de todo lo que hasta aquí se ha escrito, que yo sepa, sobre el particular. En manera alguna pretendo dar mi proyecto como un tipo acabado al que hayan de someterse los partidarios de la reforma; es sólo *un proyecto más* que someto al examen y á la crítica de las personas competentes en la materia, á fin de que, con el concurso de todas, lleguemos á poseer un plan modelo que sirva de norma á la campaña reformista que, en mi opinión, es tiempo de emprender resueltamente.

CAPÍTULO I

Letras.

Todos los defectos é irregularidades que, en cuanto á las letras, ofrece nuestra ortografía y he enumerado en los 22 párrafos anteriores, quedan corregidos haciendo las modificaciones que voy á indicar, razonándolas, en las siete reglas de este capítulo.

REGLA I.^a El sonido *je* se escribirá siempre con *j*, cuyo

nombre será *je*, y la *g*, que se llamará *gue*, se pronunciará siempre como en *gato*, viniendo, por lo tanto, á ser inútil la *u* que, para darle este sonido, se interpone en las sílabas *gue*, *gui*, y la diéresis, que hoy se necesita cuando hay que pronunciar esa *u*. Ejemplo: *la antigüedad tuvo jenerales famosos en la gerra.*

Esta innovación que, hará desaparecer las irregularidades señaladas en los párrafos 1, 7 y 19, no puede ser más lógica y natural.

Por de pronto la *g* tiene su origen en la γ (gamma) griega, que siempre suena *gue*, como se ve en $\gamma\gamma\nu\omicron\mu\alpha\iota$ (pr. *guignomai*), *nacer*. Este mismo sonido le dan invariablemente los alemanes, como se observa en *gegen* (pr. *gueguen*) y muchas veces los ingleses, por ej.: *given* (pr. *guifn*), y nada justifica la irregularidad de la sílabas *ge*, *gi*, en todas las lenguas novolatinas y sus dialectos.

Además es preciso observar que hay una gran anomalía en nombrar esta letra con el sonido de la *jota*, no tan sólo porque así se da el sonido alfabético *je* á dos signos y el *gue* á ninguno, lo cual es ya bastante absurdo, sino muy principalmente porque el sonido característico y propio de la *g*, á despecho de su nombre, es precisamente el de *gue*. En efecto, sólo en *dos* casos, cuando le sigue *e*, *i*, toma el sonido prestado de la *jota*, y en *todos* los demás tiene el de la *gamma*. Así se pronuncia cuando le sigue *a*, *o*, *u*, (*ga*, *go*, *gu*), cuando forma sílaba inversa con las cinco vocales, (*ag*, *eg*, *ig*, *og*, *ug*), cuando le sigue cualquier consonante (*gla*, *gle*, *gli*, *glo*, *glu*; *gra*, *gre*, *gri*, *gro* *gru*). Aunque no se reformase la ortografía, sería ya un gran adelanto, por lo que facilitaría el aprendizaje de la lectura, el devolver á esta letra el nombre que le corresponde y ha perdido hace tiempo (1).

Por último esta reforma haría desaparecer la aparente irregularidad que presentan todos los verbos terminados en *ger*, *gir*, en los cuales hay que trocar la *g* en *j* cuando sigue

(1) El nombre ajeno que lleva la *g* induce á error á muchos. Así, he oído á algunas personas doctas pronunciar *Ijnacio*, *dijnidad*; y mi segundo apellido *Mieg* (alemán), es pronunciado por todos *Miej*.

a, o, para conservar la regularidad en la pronunciación, como se vé en *coger*, que hace *cojo*, *cojamos*, etc., en *afligir*, de que sale *aflija*, *aflijan*, etc.

No tolera la Academia que de *regere* salga *rejir*, y no halla inconveniente en que de *regir* venga *rijo*. Sin embargo, entre *regere* y *rejir* hay el abismo de dos lenguas diferentes separadas por muchos siglos, y entre *regir* y *rijo* no hay más distancia que el ser dos personas de un verbo en una misma lengua. No hay en la pronunciación de tales verbos la menor anomalía y no es admisible que la ortografía haga parecer que la hay. Si en la lectura del latín la hacemos al leer *rego*, *regis* (pr. rejis),... *regam*, *reges* (pr. rejes), es porque pronunciamos el signo *g* con los dos sonidos que le damos en nuestro propio idioma; pero es bastante verosímil que los romanos articulasen *rego*, *reguis*,... *regam*, *regues*, así como también *regs*, *reguis* por *rex*, *regis*. De este modo silabeen los alemanes tales palabras, según me ha asegurado uno del país, y de idéntica manera deberemos leer aquella lengua muerta, cuando se haya reformado la ortografía, todos los que pertenecemos á la raza latina, con lo que se ganaría mucho en la unificación de su lectura, acercándonos probablemente á su verdadera pronunciación.

REGLA 2.^a El sonido *ze* se deberá escribir siempre con *z*, llamando *ze* á este signo, y la *c*, que se denominará *ke*, tendrá en todos los casos el mismo sonido que en *casa*, viniendo por tanto á quedar vacantes la *k* y la *q* y á ser inútil la *u* interpuesta entre ésta y las vocales *e*, *i*. Ejemplo: *cerido Ignazio*.

Hay para esta modificación las mismas razones que para la anterior, y con ella desaparecerían las anomalías enumeradas en los párrafos 2, 6, 8 y 19.

Procede la *c* de la *κ* (cappa) griega, cuyo sonido es invariablemente el de *k*, según puede notarse en *κοιλια* (pron. coilia) *cavidad*, (*cielo*), en *κύκλος*, (pr. cuclos), *ciclo*, *círculo*. Para la representación de esta gutural la lengua alemana ha sido tan lógica como para la *gue*, pues ha adoptado para transcribir la *cap̄pa*, un signo, la *k*, que no altera su sonido porque le siga *e*, *i*.

Á primera vista parece que nosotros deberíamos también aceptar este signo, que aunque extraño á las lenguas novolatinas, ocupa hace tiempo un lugar (bastante ocioso por cierto) en los alfabetos de éstas, y ha empezado á tener algún empleo desde que, atropellando la etimología griega, la adoptaron en la palabra *kilo* los inventores del sistema métrico (1). Defiende esta opinión, entre otros, el taquígrafo Sr. Cortés y Suaña, fundándose en que nada tenemos que aprender para silabear *ka, ke, ki, ko, ku*, lo cual no sucedería con la *c*, pues nos costaría gran trabajo llegar á leer *que, qui* en *ce, ci*.

Prescindamos, por el momento, del trabajo que pudiera costar el acostumbrarse á silabear con la *c* como si fuera *k*; en la tercera parte se verá que propongo un medio seguro para conseguirlo sin dificultad alguna, y por de pronto, no perdamos de vista que se trata sólo de *dos* casos anómalos que rectificar, las sílabas *ce, ci*, puesto que en *todos* los demás, como he hecho observar arriba, el silabeo de la *c* es exactamente igual al de la *k*. En cambio nos es familiar, al paso que con este último signo resulta muy chocante para nuestra vista. Á trueque de la pequeña ventaja de tener vencida desde el primer momento la dificultad de las dos sílabas *que, qui*, escribiéndolas *ke, ki*, nos encontraríamos con la inmensa desventaja de tener que alterar la escritura de *todas* las innumerables palabras en que entra esa articulación gutural: *kasa, keso, kitar, kosa, kura, direktor, klaro, krema*, etc., etc. Adoptando la *c*, quedarían intactas la inmensa mayoría de las voces en que entra este sonido.

Y no puede invocarse, para hacernos pasar por el aspecto ridículo que tomaría nuestra escritura con esa profusión de

(1) De χίλιοι (pr. jílioi) mil, no puede formarse *kilo* sino *chilio* y á lo sumo *chilo*, pues la χ equivale á *ch*, y todas las palabras que, conteniendo dicha letra, pasaron *græco fonte* al latín, la cambiaron en *ch*. Interpretando la χ por *k* la palabra está completamente desconocida y mutilada. Debió escribirse *chilometro chilogrammo*, como se escribía antes *archeologia, chimica*; y hoy pondríamos *quilómetro, quilógramo*, como ponemos *arqueología química*.

Toda la nomenclatura del sistema métrico está hecha con el mayor descuido de la etimología griega.

kas, la ventaja de que por lo menos se habrían salvado dos casos; porque las dos sílabas *ke*, *ki*, (*keso*, *kitar*) quedarían tan ridículas como las demás, lo cual no ocurriría escribiéndolas *ce*, *ci*. De modo que no subsiste más inconveniente que la dificultad de pasar de su actual silabeo *ze*, *zi*, al *que*, *qui*, dificultad ilusoria, puesto que una vez convenido el valor alfabético de la *c*, nadie titubeará, y que, como he dicho, queda en absoluto desvanecida con el procedimiento gradual que propongo en la 3.^a parte de este escrito.

Es aplicable á la *c*, nombrada con el sonido de la *zeda*, todo lo dicho acerca de la *g*, que denominamos con el de la *jota*. Se da el valor alfabético *ze* á dos signos y el *que* á ninguno (si prescindimos de la *k*, que aunque figura en nuestro alfabeto hace tiempo, la misma Academia ha dicho en su Diccionario que no tenía empleo alguno). Además, como se ha visto, el valor característico y propio del signo *c*, es *que*, á despecho de su nombre, puesto que sólo en *dos* casos, cuando le sigue *e*, *i*, toma el sonido prestado de la *zeda* y en *todos* los demás tiene el de la *cappa* griega. Así se pronuncia cuando le sigue *a*, *o*, *u*, (*ca*, *co*, *cu*,) cuando forma sílaba inversa con las cinco vocales (*ac*, *ec*, *ic*, *oc*, *uc*), cuando le sigue cualquier consonante (*cla*, *cle*, *cli*, *clo*, *clu*; *cra*, *cre*, *cric*, *cro*, *cru*). Aun sin pensar en reformar la ortografía, sería ya un gran adelanto para facilitar el aprendizaje de la lectura el dar á este signo el nombre que de derecho le corresponde (1).

La innovación que acerca de la *e* propongo, permitiría presentar de un modo natural la irregularidad de los verbos terminados en *acer*, *ecer*, *ocer* y *ucir*. Considérase actualmente como irregular la introducción de la *z*, antes de la *c* radical (*nazco*, *agradezco*, *conozco*, *luzco*), cuando en realidad de verdad lo anómalo es la *c* (con el sonido de *k*), que entra en estos tiempos y personas. La Academia incurre aquí, á sabiendas probablemente y en obsequio á la sencillez, en una

(1) El nombre usurpado que lleva la *c* induce, como en la *g*, á una equivocación en que incurren aun personas doctas, y he oído pronunciar algunas veces *direrztor*, etc.

evidente contradicción; pues advierte, con mucha razón, que «la identidad de letras radicales y terminaciones que se establece para distinguir los verbos regulares de los irregulares, no se destruye con las leves mutaciones á que obliga á veces la ortografía», y cita entre otros casos, el cambio en *z* de la *c* radical de los verbos terminados en *cer cir*; por eso considera como regulares los verbos *mecer* y *remecer*, que hacen *mezo*, *remezo*; pero esto demuestra palpablemente que no es la *z* si no la *c* con sonido de *k*, la que constituye la irregularidad de los verbos terminados en *acer*, *ecer*, *ocer* y *ucir*. El signo *c* juega dos papeles diferentes en estos verbos, cuya última consonante radical es real y verdaderamente la *z* cambiada en *c* por razón ortográfica (capricho ortográfico, diría yo) en el infinitivo, lo cual no constituye irregularidad, porque no altera el sonido característico de *zeda* y es *c* con sonido de *k* siempre que la terminación principia por *a*, *o*, cambio de articulación, en el cual únicamente puede consistir y consiste la irregularidad de estos verbos. Esta irregularidad quedaría de manifiesto adoptando la ortografía que propongo, y se enunciaría diciendo: «los verbos terminados en *azer*, *ezer*, *ozer* y *uzir*, toman una *c* (pron. *que*) después de la *z* (pr. *ze*) radical (*nazco*, *agradezco*, *conozco*, *luzco*).

Si alguna duda queda acerca del error que aquí comete la Academia, se desvanecerá con sólo observar lo siguiente: si la irregularidad consiste en la adición de la *z* antes de la *c* radical, como dice, suprimase esta *z* y habrá desaparecido, resultando de *nacer naco*, de *agradecer agradezo*, etc. La equivocación de la Academia, si no es intencionada, proviene de no haberse fijado en que la *c* (*ze*) radical es el signo *z* y no el *c* en las personas irregulares de estos verbos; ésta es una prueba más de lo inconveniente que son los signos con dos valores fónicos.

Otra gran ventaja de escribir siempre con *z* las sílabas *ze*, *zi*, en las que nuestra ortografía prescribe la *c*, sería la de suprimir en la formación de muchos plurales una irregularidad aparente, idéntica á la de los verbos. Si para el oído no hay nada de anómalo en formar de *mecer*, *mezo*, tampoco lo hay en que el plural de *luz* sea *luzes*; pero es in-

negable que esta «leve mutación ortográfica» constituye por lo menos una molesta irregularidad gráfica, y sería mucho mejor escribir de *mezer mezo*, de *luz luzes*. Poco nos importa que los latinos formasen con *c* estos plurales; porque prescindiendo de que no podemos afirmar que no fuese gutural su *c* y que no pronunciasen de *lux (luks) lukes*, el hecho es que en castellano estas palabras tienen para ambos números la articulación linguo-dental, que nos ha hecho trocar en *z* la *x* de *lux*, *vox*, etc. Y si hemos conservado la *c* latina para el plural, es porque este signo posee también el valor fónico linguo-dental.

Por último es más breve y cursiva la *c* que la *k*.

REGLA 3.^a El signo *r* se empleará sólo para la *ere* (suave), y la *erre* (fuerte) se escribirá siempre *rr* (véase adelante el signo único para la *rr*). Ejemplo: *rraro*.

Con esta modificación, desaparecerían los defectos señalados en las irregularidades 3 y 10.

Nuestra Academia, en sus últimas ediciones, ha dado un gran paso que prepara esta reforma, cual es el de prescribir que en fin del renglón no se dividan las dos *rr*, que en castellano forman siempre una articulación única, imposible de confundir con la *r* sencilla no inicial, y disponer que se emplee el signo doble en las voces compuestas, como *carirredondo*, *pelirrubio*, *manirroto*, *subrrayar*, *abrrogar*, *abrepción*, *prerrogativa*, *prorrogar*, *pararrayo*, etc., etc.; pero conserva el signo sencillo con el sonido del doble en principio de dicción, como en *rama*, y después de *l*, *n*, *s*, como en *malrotar*, *honra*, *israelita*.

Hay que aplaudir esta innovación por lo que puede aprovechar á la reforma ortográfica; mas no por ello hemos de dejar de conocer que ha presidido en ella escaso tacto. Con ó sin las excepciones hechas, hay que confesar que el cambio choca á la vista más que otros que la Academia no quiere admitir; pero es tan lógico que no se comprende por qué no se ha extendido también á los casos en que preceden las letras *l*, *n* ó *s*. Sospecho se haya tenido en cuenta, para proceder así, que en estos casos, como en principio de dicción, la lengua castellana no admite jamás el sonido *r* (ere suave)

y no ha lugar á dudas; pero no veo yo que ésta sea una razón para emplear por lo mismo este signo.

La duplicación en principio de un vocablo, hubiera podido parecer muy violenta, y es admisible la excepción en este caso, por ahora al menos. Pero no hay nada que la justifique en medio de la palabra cuando á la *r* preceda *l*, *n* ó *s*; porque, prescindiendo de que son muy contadas las voces castellanas en que esto ocurre, la novedad hubiera sido menos chocante que para las dicciones compuestas cuya segunda parte empieza con *r*. En efecto, acostumbrado á escribir con el signo sencillo esta segunda parte cuando va sola, porque entonces es inicial y no tolera la Academia que se duplique, se hace por demás extraña la duplicación, que ella misma ordena, cuando se forma la voz compuesta. No puede, en efecto, menos de ser chocante el derivar de *roto manirroto*, de *rogativa prerrogativa*, de *rayo pararrayo*, etc; subiendo la anomalía de punto cuando, cortada la palabra en fin de renglón, hay que escribir *mani-rroto*, *pre-rrrogativa*, *para-rrayo*.

Para evitar esta especie de contradicción era preciso haber prescrito á la vez el empleo del signo doble en principio de vocablo, escribiendo resueltamente *rroto*, *rrrogativa*, *rrayo*.

Esto no sucede con las voces que tienen *r* precedida de *l*, *n* ó *s*, en medio de dicción, exceptuadas de la duplicación; porque no siendo compuestas en general, nunca ha de emplearse sola la mitad que empieza con *r* y nada significa. Así, no puede separarse *ra* de *honra* ni *raelita* de *israelita*, ni aun *rotar* de *malrotar*; por eso chocaría menos el empleo del signo doble en estos pocos vocablos en que, según la ortografía oficial, no nos es lícito hacerlo, que en las voces compuestas, en que está permitido y aun prescrito.

(Se continuará.)

TOMÁS ESCRICHE.



LOS MALES DE LA PATRIA

Continuación (1).

V

LA INMORALIDAD PÚBLICA

La pobreza de nuestro suelo es insuficiente para explicarnos el malestar de la agricultura y el atraso de la industria y del comercio. Otras causas muy poderosas influyen, sin duda, en la deplorable situación de la patria, entorpecen su movimiento progresivo y contribuyen á la miseria general que por todas partes se nota. Entre esas causas, ninguna perjudica más al adelanto y á la prosperidad de España que la inmoralidad pública, por la cual entendemos la mala ó desacertada conducta, observada por una parte considerable de los habitantes de una nación, en contra del bien general.

Esta inmoralidad pública puede ser producida por dos corrientes distintas: la que se desborda de sus cauces naturales por donde siguen su curso las malas acciones en el orden privado; y la que invade los terrenos acotados al dominio público, ó sea la que arrastra los intereses pertenecientes al bien común. Un Estado no puede resistir mucho tiempo la

(1) Véase la pág. 490 de este tomo.

acción de esas corrientes, sin caminar muy aprisa á su decadencia ó á su disolución; y se comprende que en una época limitada haya un país dominado por una de esas dos corrientes invasoras, pero faltando la otra, ó siendo muy débil. Desde larga fecha España se halla casi enteramente inundada por las dos, de donde resulta mayor número de males que en otros pueblos más ó menos civilizados, ó dicho de otro modo, de donde resulta la imposibilidad de que España adelante, como es debido, en el camino de la perfección.

Concederemos á los optimistas que en todas las partes del mundo hay bandidos, estafadores, asesinos y parásitos; también concederemos que en todos los tiempos hubo una masa considerable de delincuentes y viciosos y que los caracteres de la inmoralidad pública se modifican y varían de siglo en siglo, según el medio ambiente que se respira, es decir, según los cambios en las leyes y costumbres que figen una nación. Mas para apreciar los grados de inmoralidad pública que en la actualidad hay entre nosotros sería preciso responder con exactitud á las preguntas siguientes:

¿Son los caracteres de la inmoralidad pública española de peor índole que los de otros países civilizados?

¿Es hoy mayor la inmoralidad que en tiempos anteriores?

¿Son de tal naturaleza esos caracteres que hacen, por ahora, inevitable el incremento de la inmoralidad?

¿Sería posible sin grandes revoluciones políticas y sociales contener los malos efectos de la inmoralidad pública?

¿Cuáles son, en resumen, las causas principales de esta inmoralidad y qué medios habría de corregirla?

Las personas timoratas á la antigua española, aquellas buenas almas cuyo fervor religioso es muy grande, nos responderán sin vacilar que el mundo camina rápidamente por los abismos del más grosero materialismo, y que la inmoralidad pública tiene que ir en progresivo desarrollo, hasta reducirse á su mínima expresión el número de los elegidos. Muchos amantes del progreso dirán, por el contrario, que al purgarse de toscos errores y rancias preocupaciones, el espíritu humano se purifica y cada día se hace más digno de las altas misiones que sobre la tierra le encomendara el

Creador, no debiendo admitirse que actualmente sea mayor la inmoralidad pública que en otros tiempos. Eclécticos habrá también que, reconociendo en nuestra época un visible aumento en la criminalidad y en la malicia, sostendrán que la humanidad sigue su camino de perfección por líneas onduladas que marcan puntos más altos y más bajos en sus caracteres morales, dirigiéndose á través de los siglos á la cumbre de dicha perfección, y siendo ley general que á los períodos de decadencia ó de barbarie sucedan otros de glorioso renacimiento.

Es, de todos modos, axiomático que las naciones naturalmente pobres, ó que se hallan muy abatidas por largos años de decadencia, están más obligadas á la virtud que las ricas y florecientes, deben ser de intachable moralidad y conquistar la estimación de los otros pueblos á fuerza de honradez y de cordura. Y decimos esto por lo frecuente que es en España disculpar los grandes hechos criminales y las repetidas defraudaciones al Erario público, acusando á otros pueblos de incurrir en iguales faltas. Pero con tan variados procedimientos, preguntamos nosotros, ¿en qué parte del mundo habrá perversión más grande de sentido moral?

Necesario es que nos ciegue un amor propio muy mal entendido para no ver que España, en este nuestro siglo, es uno de los países donde mayor inmoralidad pública se observa. No diremos, de buenas á primeras, que los españoles, en inmensa mayoría, son inmorales; pero así como una epidemia que arrebatase la vida al 10 ó al 20 por 100 de los habitantes de una comarca sería considerada como una espantosa catástrofe, bastaría probar que el 10 ó que el 20 por 100 de los españoles son unos bribones, para justificar la famosa frase de que *España es un presidio suelto*. ¿Qué español no lo ha dicho alguna vez en su vida? ¿Qué español ignora el axioma de que la ociosidad es madre de todos los vicios? ¿Qué español ignora que ha nacido en un país donde mayor indolencia, mayor apatía, mayor ociosidad imperan entre todos los pueblos civilizados?

La mala hierba de la inmoralidad pública creció por todos los ámbitos del país, porque encontró muy bien preparado

para ella el terreno hueco de nuestra fantasía y de nuestra desidia, abonado copiosamente con la basura de la mezquina y bastarda política intervenida por los caciques y regado de continuo con las lluvias desprendidas de las nubes del desbarajuste administrativo. Condiciones favorables al desarrollo de la funesta semilla, que no se ven en tan alto grado manifiestas en otro país del mundo.

Pues la indolencia general es la primera causa de la inmoralidad pública, una vez perdida la vergüenza, con el mal ejemplo de otros tales que medran por ruines mañas, se hace más descansado, breve y lucrativo recurrir á la intriga y al fraude, como método de vida, que desempeñar honrada y tranquilamente un modesto papel en la lista de las personas trabajadoras. Cuando antes de nuestros días eran mucho menores las necesidades ordinarias de la vida y menos extendido el lujo, con poca cosa se mantenía satisfecha á una familia. Mas ahora la ruindad ha cundido como el aceite, y á millones de españoles, que en tiempo de nuestros abuelos no rebasaban los límites de su modesto y sencillo régimen, han sucedido otros tantos que, con recursos poco superiores á los de un obrero, pretenden hacer ostentaciones de príncipes y de grandes personajes en las villas y ciudades.

La estúpida fatuidad á que nos hemos acostumbrado de juzgar al prójimo por su porte exterior, el loco empeño tan general de competir en lujo y en boato con la aristocracia ó con los acaudalados burgueses, tanto más aparatosos y fanfarrones cuanto de más villano origen proceden, por la mayor necesidad de honra y de respetabilidad que les acomete, obligaron á muchas familias á vivir al día ó con el deplorable sistema de trampa adelante, siguiendo el mal ejemplo hasta las clases más humildes, y desde las ciudades más populosas hasta las más apartadas aldeas.

Las conciencias se ensancharon grandemente en igual proporción que el despilfarro y las defraudaciones, las cuales, tratándose del Erario público, revisten cuantas formas pudieron idearse en los tiempos antiguos y modernos. ¿Qué nación hay en el mundo, ni jamás la hubo, donde con tanto descaro y tan á mansalva se saqueen los fondos del Estado

y se derroche la fortuna pública? ¿Dónde ni cuándo se ha visto una perversión tan inicua del sentido moral? Nuestros antepasados decían que *quien hace bien al común, no lo hace á ningún*; pero nosotros, al paso que vamos, tendremos que admitir como buena la doctrina de que *robar al Estado no es robar*. Hasta punto tal va llegando el desenfreno en nuestros días. No parece sino que ya estamos en los de la disolución social, en vísperas del diluvio, ó que los bárbaros se hallan otra vez á las puertas de Roma.

Diariamente se dan noticias de desaparición de caudales, filtraciones, irregularidades, chanchullos, infundios y otras mil suertes de latrocinios, ora se cometan sin más artificio que la violencia ni mayor ingenio que un abuso de confianza, ora se efectúen guardando formas legales, sorprendiendo la buena fe de los gobernantes honrados, ó desplegando una finura y un talento dignos de mejores hazañas. En las contrataciones, en los suministros, en los arriendos, en las compras y ventas de propiedades, en la provisión de destinos y concesión de ascensos, en los expedientes de mil clases, aquí donde tanto papel se emborriona y tantos cartapacios se barajan y traspapelan, en los tributos, en todo cuanto represente algún valor, allá donde haya subastas ó percepción de impuestos y reclamaciones justas ó injustas, á bandadas acuden aves de rapiña, disfrazadas unas veces de formales empleados, ó de respetables personajes, ó de probos industriales y comerciantes, ó notándose, por el contrario, á tiro de ballesta, que son cuadrillas de bandidos los que se ciernen sobre el *negocio*. Y bien hayan los intereses generales cuando sólo son gravados por las primas de los barateros de oficio. Que ya hoy los *negocios* suelen prepararse de manera que desde el principio al final se falsean los compromisos adquiridos, y á expensas del Estado, ó por mejor decir, de los pobres contribuyentes, se lucran más de cuatro, y más de cuatro mil, y tal vez más de cuatrocientos mil bribones, hasta que resolvamos entre todos el curioso problema, si no está resuelto, de que la mitad de los españoles que goza, figura y campa por sus respetos, viva á expensas de la otra mitad que sufre, paga y trabaja. Y mientras tanto, aún habrá buen

número de soñadores y Quijotes que esperan la hora de que la patria sea considerada ó admitida entre las grandes potencias. ¡No en nuestro siglo! Que otras grandezas hacen falta para alcanzar el correspondiente poderío.

Uno de los rasgos más notables de la inmoralidad pública española es la impunidad. En el arte diabólico de explotar al Erario no hay quien nos iguale. Se cometerán diariamente todas las clases de engaños, pero nunca se sabrá quiénes son los delincuentes, como si se escamoteara el caudal de la Nación por maleficio de brujerías y encantamiento. Desde los jefes más respetables y dignos de los partidos políticos, hasta el obrero más infeliz y pobremente retribuído en su honradísimo trabajo, todos tenemos noticias de miles y miles de fraudes, malversación de caudales y estafas, pero bien se guardará nadie de hacer una acusación concreta, ni de citar un nombre propio. La administración (?) de justicia no tiene que ver con esos asuntos, pues por muchos robos que se cometan en España, no han de ir á la cárcel ni á presidio más que los ladrones..... vulgares, esto es, los ladrones que carecen de educación, ó sea los que no saben guardar las buenas formas, ante las cuales, por efecto de nuestra fantasía, no hay español que no se sacrifique ó se ofusque.

El *tanto de culpa* que se encarga frecuentemente averiguar á los tribunales, casi siempre con dura frase, encerrada en órdenes severas y terminantes, es una de tantas bromas insulsas de la fantasía nacional, que raras veces conduce con sana lógica al fondo de la cuestión. Los pobrecitos jueces y magistrados se pierden en un laberinto de historias sin alcanzar un rayo de luz; y si por casualidad sospechan algo, y aun algos, no encuentran sólidas bases para acertada sentencia, ó los culpables que aparecen no parecen; y si lo parecen, no resultan los verdaderos ó principales culpables.

Desdichada condición de todo país decadente ó imposibilitado en mucho tiempo de regenerarse es la falta de virilidad, ó sea la cobardía, que lleva aparejada consigo la maledicencia, gracias á la cual, ya que falte valor para formular acusaciones concretas y para expulsar del trato común de

las personas honradas á los bribones, no queda uno de éstos que no sea señalado con el dedo. Por este lado todos estamos tranquilos. Los defraudadores y trapisondistas, con su ancha conciencia, calificando de tontos á los hombres honrados; los hombres honrados, sumidos en nuestra modestia y nuestra insignificancia, calificando de listos á los enriquecidos advenedizos que nos salpican de lodo con sus lujosos trenes.

Nadie impide, sin embargo, que, como mujercillas chismosas y viejezuelas entrometidas, nos reunamos en los paseos y plazas, en los cafés y casinos, y unos á otros nos vayamos enterando de la astucia de los advenedizos, confundidos ayer entre la más perversa canalla, convertidos hoy en encopetados señores, y de cómo se crearon las fortunas improvisadas en nuestro tiempo. Quédese para nosotros, pequeñuelos, el divertido, aunque no muy noble, entretenimiento de la murmuración, y todos los españoles, que tanto nos holgamos, contemos ú oigamos contar en nuestros largos ratos de ocio sabrosas y edificantes historietas.

De todas ellas se deduce que el mal viene de arriba abajo, pues, en proporción, son más sanas y honradas las clases populares que las de elevada alcurnia; que el pandillaje político y el desbarajuste administrativo influyen extraordinariamente en la inmoralidad, mantenida en gran parte, sea ó no inconscientemente, por personajes respetables de todos los partidos, cuando no por sus pocos escrúpulos, por el escaso celo que tienen en impedir á su sombra el medro personal de ambiciosos insaciables que unos tras otros les han de reemplazar en sus altos cargos.

Todo se fía á la recomendación y á la intriga, nada á la justicia y á la razón; y es inútil marchar derecho en asunto alguno, pues no se hallaría camino, siendo forzoso en todas las ocasiones penetrar por las torcidas y oscuras sendas donde se esconde el Soborno, ó pasar por las horcas caudinas de las Gratificaciones. Una orden ó un volante de un Ministro pueden menos que un puñado de pesetas lanzadas á tiempo, y la oportuna presencia de un billete de Banco salva más diferencias y abrevia más trámites que largos meses de espera.

Aquellas personas que hayan de liquidar cuentas con el

Estado ó con los Municipios, ó hayan de cobrar alcances, atrasos, indemnizaciones, censos, cargas de justicia ó reintegros traspapelados, deben saber con anticipación que tanto han de sacrificar para no perder su dinero; y no hay almacenista, ni comerciante, ni artesano que no se vea obligado á cargar un diez, un veinte ó un más por ciento en las facturas abonables con fondos públicos, si bien procedan con la mayor honradez del mundo, pues sabido es que esos aumentos responden, ó á subsanar descuidos de los oficinistas, ó al largo espacio de tiempo para percibir el importe, ó á pequeñas y repetidas gratificaciones á los intermediarios, que exigen cobrar su corretaje por partida doble. Y no son ellos solos, los artistas, los industriales, los comerciantes y los dueños de casas que se alquilan para oficinas, quienes devoran las multiplicadas y cuantiosas partidas del material de tantos miles de dependencias y que tantos millones importan. Buenos pellizcos de esas partidas se destinan para dotar de criados á muy entonados figurones que desempeñan el papel de encumbrados servidores del Estado, ó se derrochan en suelditos á jóvenes inservibles ó á estudiantes que no estudian, pero que tampoco acuden á la oficina ni para firmar la nómina, ó se consumen en inútiles comisiones por dentro y fuera de España, ó en los infinitos gastos secretos, ó de secretaría, ó de representación, que el diablo ate cabos con ellos.

Si alguien nos dijera que el 90 por 100 de los documentos revisados, aprobados y archivados en el Tribunal de Cuentas del Reino envuelve una sarta de falsedades, lo creeríamos de corrido; pero no nos propasaríamos á repetir que ese Tribunal, como otras cien dependencias, es una de las muchas bromas insulsas de la fantasía nacional. No criticaríamos las buenas formas hasta ese punto.

Aquellos escándalos, aquellas polacadas, aquel compadrazgo, aquel nepotismo que se echaron en cara á los moderados expulsados del poder por el juego de chiquillos de 1854, subsistieron y subsisten antes y después de 1868, con mayor intensidad por la mayor finura en los procedimientos y por el mayor descoco en los abusos. ¿Qué se ha

remediado hasta ahora? ¿Qué despilfarros, qué dolos, qué defraudaciones tendríamos que referir de los más viles políticos de aquel tiempo que hoy no se cometieran? El favor y la osadía eran entonces los medios para vivir y prosperar á costa del país. ¿Se han desterrado de España la osadía y el favor con tantos cambios políticos como han ocurrido?

Digan los gobernantes de buena fe, que algunos existen, digan los que aspiran y los que alcanzan el poder guiados, no por la codicia, sino por pasiones inocentes, tales como la vanagloria ó el amor propio, digan que son impotentes para atajar el mal, digan que ahora respiramos todos en un medio ambiente emponzoñado, del que es imposible librarnos sin fuertes vendavales; pero no se atrevan á afirmar que la inmoralidad pública es hoy menor que hace cuarenta años, cuando el presupuesto de gastos era cuatro veces menor. Ahora, como entonces, se habla de agenciar destinos y negociar expedientes, de altos funcionarios que marcharon á Cuba ó á Filipinas llenos de trampas, y volvieron con gruesas sumas, docenas de veces más grandes que sus sueldos, de favores alcanzados por influencias de personas extrañas á la política y á la administración, tales como retirados, cesantes y jubilados, bailarinas, toreros, clérigos, artistas de la Ópera y vagos de los casinos.

También ahora, como entonces, denuncian inútilmente los diarios miles de fraudes y abusos en aduanas, en presidios, en suministros, en contrataciones, tanto en Ultramar como en la Península, en todos los ministerios, en todos los ramos, en todas las provincias. Ora nos dicen que se vendió un secreto de Estado por un plato de lentejas, ora relatan qué negocios de gran cuantía fueron á rodar hasta los pies de cínicas meretrices; ora aluden, no á uno, sino á varios personajes ambiciosos, cuando hablan de primas sobre ciertos sueldos, entregando los interesados á cambio de la credencial su renuncia en blanco, depositada á modo de fianza. Ya en furibundos artículos de que nadie se acuerda al día siguiente de ser publicados, ya en picantes chanzonetas que no causan impresión alguna en la curtida piel de paquidermo de la inmoralidad pública, se alude, sin nombrarlas, á ciertas auto-

ridades enriquecidas precisamente con el pretexto de perseguir los juegos prohibidos, ó nos hablan de ciertos concejales, de ciertos funcionarios, de ciertos agentes que en casi todas las ciudades y villas importantes adquieren grandes propiedades á la sombra de los consumos, de los abastos, de los establecimientos de Beneficencia, del arbolado, del empedrado y de otros servicios municipales. Cuando el escándalo llega á su colmo, ó cuando los explotadores de la fortuna pública cometieron algún descuido imperdonable, se instruyen expedientes, aquéllos son destituídos, ó se les avisa que dimitan, se renuevan los cargos, se reparten algunos palos de ciego, hay unos días de justicia de Enero, pasados los cuales vuelve la inmoralidad pública á desbaratar las paredes de tierra floja y mojada con que se pretendiera encauzarla ó corregirla.

Conocida hace largo tiempo la afición á abusar de los intereses del Estado que se iba desarrollando en España, se multiplicaron por todas partes y en todos los servicios los medios de comprobación de cuentas, valores y operaciones. Al efecto se crearon infinitos cargos de inspección, vigilancia, intervención, contaduría, ordenación, etc., etc. La desconfianza por todas partes, sin salvar la dificultad de no tener de quien fiarse. ¡Magníficas ideas, pero de exiguos resultados! Nadie negará que con estos empleos se evitaron algunos fraudes; pero también es innegable que la inmoralidad pública creció á medida que se ha complicado más que en el resto del mundo el armatoste administrativo.

La necia vanidad de reyezuelos absolutos de la mayor parte de nuestros personajes políticos, esa necia vanidad de estos señores feudales de nuevo cuño de medir su importancia relativa por el número de empleos de que pueden disponer á su antojo y por los grados de intensidad con que se entrometen á mangonear en la administración general, para acabarla de arreglar á su manera, ha motivado también el incremento de la inmoralidad pública, aunque todos ellos sean, que así los suponemos, unos honradísimos sujetos. Pues cada mesnada ó pandilla, amparada por su respectivo jefe, subjefe ó caporal de toda agrupación ó partida políti-

ca, quedando invulnerable, se despacha á su gusto con la mayor ó menor delicadeza y la mayor ó menor ineptitud. ¡Cuántos conflictos, cuántos disgustos pasaron, pasan y pasarán honorables jefes de dependencias importantes, cuando se tropiezan con protegidos que no marchan derechos ó carecen de sentido común! El primer impulso del jefe de una oficina sería dar una lección ó un escarmiento; pero tiene que ceder ante la costumbre inveterada de respetar las procedencias, y muy torpe ó muy escandaloso ha de ser el protegido para no sufrir..... un traslado con ascenso.

Dejemos en paz la administración pública, los hombres públicos y las mujeres públicas, para volver sobre ellos en el capítulo siguiente, y hagamos una rápida excursión por las aldeas.

Concediendo, como es fuerza conceder, que la clase labradora es en todas las partes del mundo la más honrada y virtuosa, por el desquiciamiento general de la sociedad española, también los pueblos entraron hacen muchos años por la senda de perdición de abusos inmorales y rudos atropellos. Hay españoles que se sublevan y enfurecen cuando se tacha de holgazanes y viciosos á nuestros campesinos, y casi tienen razón en incomodarse tan apreciables compatriotas.

Harto digno de lástima es el pobre gañán que cava y suda todo el día por mezquino salario con el que apenas alcanza miserable alimento, reducido á perpetua pobreza y desnudez, sin auxilio de alma nacida las temporadas en que no consigue trabajo, ó en cuanto una enfermedad le acomete, sin el recurso de una cama del más humilde hospital donde exhalar el último suspiro. Harto digno de lástima es el infeliz labriego que, con enjuto rostro y lánguida mirada, entrega al Fisco su última peseta, sin quedarle siquiera un pedazo de pan de centeno con que dar de comer á sus hijos. Harto digno de lástima es el desdichado agricultor que ve desaparecer en un día, por la inclemencia del cielo, todos sus afanes, todos sus ahorros, todos sus recursos de un año, cayendo en más triste condición que el jornalero más desamparado. Harto digno de lástima es el hacendado que, por

culpa de bárbaros tributos y desacertados Gobiernos, ve repartir las heredades de sus mayores entre los usureros de la comarca y se reduce á mendigar un vil empleo, ó á correr los azares de la suerte más incierta.

Los labradores españoles son los seres más desgraciados del mundo; y para que su infortunio sea completo, ni pueden consolarse con ver señales de redención ni la más ligera esperanza de alivio. La desesperación y la amargura se apoderaron de sus abatidos corazones, y claramente distinguen que les tocó nacer en la patria más infeliz. Imposibilitados y sin aliento para rebelarse, pues ni encuentran tela de color á propósito para alzar bandera, no pueden hacer cosa mejor que emigrar.

Tan tristísima, tan deplorable situación de los agricultores conmueve y aflige á todos los que no nos hallamos ensordecidos por los atronadores y descompasados gritos de la alborotada y grotesca política de nuestro tiempo.

Así no fué de extrañar, hace poco, se levantaran enérgicas y exageradas protestas, cuando, con motivo de la información agraria, una persona, que dijo muy lindas cosas, se permitió poner en tela de juicio la moralidad de los labradores. No diremos si estuvo oportuno ó importuno. Su acusación más grave fué que la baraja es una calamidad peor que la filoxera, la langosta y los pedriscos.—¿Cómo ha de ser así —gritaron indignados más de cuatro patriotas,—cuando el labrador ya nada tiene que jugar?

Más adelante comentaremos la famosa inculpación, procurando poner las cosas en su verdadero terreno, aunque anticipadamente se nos tache de pretenciosos, y desde luego, á la manera del que corta flores variadas de un jardín para componer un ramo, de la misma información agraria recogeremos unas cuantas frases de diversos labradores y propietarios, las cuales frases, lejos de ser recibidas con protesta, fueron admitidas como corrientes y molientes á todo ruedo. No las recordaríamos si no se hallasen conformes con nuestras observaciones personales, y si no nos hubiera costado algún dinero el aprender hace años que varias de ellas están muy conformes con la realidad.

Aparte de la enorme masa de las ocultaciones de la propiedad, contra las cuales no se encuentra remedio alguno expedito; aparte de lo manifestado en el capítulo III respecto á olivares y viñedos incluídos todavía como plantaciones dentro del período de excepción que dan mayores frutos que otros inmediatos sujetos á tributos, y aparte de lo frecuente que es figuren como terrenos de secano algunos de regadío, en casi todas las comarcas á unos vecinos se exigen cuotas superiores en la contribución, mientras otros no constan en los repartos, pues abusan del desbarajuste y desorden de nuestras leyes los caciques de aldea, quienes obligan á cargar con el mayor peso á los desgraciados que no son partidarios suyos y á los infelices propietarios forasteros, de quienes nada pueden temer.

Otrosí.—Las servidumbres pecuarias están casi inservibles, á veces interrumpidas largos trechos por intrusiones de los propietarios colindantes; y es cosa corriente y de todos bien sabida la usurpación de terrenos forestales, prestándose fácilmente muchos pueblos á suscribir informaciones testimoniales falsas en favor de determinados particulares que sisaron al Estado las zonas ó cuarteles que pudieron arrebatarse.

Otrosí.—Cuando el Estado indaga la riqueza de una finca para su tributación se la da un valor, que aumenta enormemente si, por la inversa, el Estado es el que compra; y siempre que se trata de estadísticas, los pueblos, en vez de prestar auxilio, extravían la opinión con datos maliciosamente equivocados.

Otrosí.—Se han dado repetidos casos de declarar fallidas partidas considerables, de acuerdo con los empleados de las Administraciones económicas; y al buscar después talones y expedientes no se han encontrado.

Otrosí.—Los Municipios que presupuestan algo para reparación de caminos vecinales, ú otras obras, pocas veces lo invierten, porque el capítulo de *imprevistos* se agota antes de acabar el ejercicio. Con frecuencia se simulan obras y el dinero pasa á manos de algunos funcionarios que prestaron mañosos y buenos servicios en las oficinas de la capital de la provincia, ó se reparte lisamente entre cuatro zascandiles,

que vociferan enseguida contra lo enorme de los impuestos, sin duda para acallar sus conciencias.

Otrosí.—Siguiendo el ejemplo de Municipios tan corrompidos desde larga fecha como el de Madrid, muchos son los lugares, las villas y ciudades subalternas que contratan trabajos ó servicios de diversas índoles, y después que tienen lo que desean y mejor que lo esperaban, eluden el pago puntual por cuantos medios pueden imaginarse, rechazando las entregas con sutiles pretextos, amparándose en secundarios detalles ú oponiendo reparos injustos y de mala ley.

Otrosí.—Respondieron perfectamente al objeto de su creación los antiguos pósitos, pero como otras varias instituciones benéficas, se convirtieron hace tiempo en una farsa inmoral, hasta que decayeron por completo, en vez de servir, como era de esperar, para la fundación del tan deseado crédito agrícola. Los pocos que restan sirven á los caciques para simular repartos de granos, tomando los nombres de amigos, criados y paniaguados y á veces los dan á préstamo, con un interés que no baja del 15 por 100.

Otrosí.—Como si los labradores honrados, que todavía suponemos que son la mayoría de la clase, no tuviesen bastantes trabajos con los ya referidos, pues el hambre es mala consejera, aguza el ingenio y espabila al más lerdo, reunidas las dos condiciones de pobres cosechas, cosa harto frecuente, y de escasa ó nula vigilancia, falta general, sempiterna é irremediable, apenas hay provincias donde no penetre el merodeo, y más cuando casi todos los hurtos y rapiñas quedan impunes. Como las quejas de los interesados casi siempre dan resultados contraproducentes, muchos admiten por cosa justa y laudable que *lo que hay en España es de los españoles*, y tal y tan grande es el número de hombres, mujeres y niños, ya aislados, ya en cuadrillas, que en varias provincias se dedican á hurtar diferentes frutos, que se citan casos de pobretones sin olivares ni molinos, quienes se procuran cantidades de olivas de rebusco suficientes para obtener más de doscientas arrobas de aceite.

Otrosí.—También el hambre hizo prosperar la criminal industria del robo de las caballerías en el campo, cosa fácil

y frecuente, sabiendo como saben los rateros que la policía rural sólo existe en los archivos. Provincias hay, como la de Sevilla, donde asciende anualmente al 5 por 100 el número de cabezas de ganado mayor que desaparecen contra la voluntad de sus dueños.

L. MALLADA.

(Se continuará.)





SEIS DÍAS EN ZARAGOZA ⁽¹⁾

II

La Seo.—La portada, torre y aspecto exterior.—Interior del templo.—La capilla mayor.—El retablo.—El coro.—Las capillas.—La de San Miguel.—Sepulcro del arzobispo Luna.—El tesoro de la catedral.—La cruz de las juras reales.—La custodia.—Los ornamentos.

Las seis de la mañana sonaban en la grave campana del reloj de la torre nueva, cuando ya me hallaba fuera del hotel; mis compañeros dormían tranquilamente, y nada les importaba una cosa que á mí me ha llamado siempre la atención: es el despertar de las poblaciones que, como en el individuo, tiene, como en cada ser humano, sus maneras especiales. Pues bien, eso mismo me gusta observar en las ciudades, que no son sino la reunión de muchos individuos é individuos. Hay personas que su transacción del sueño á la vida—pues que yo considero, aunque esté pasado de moda, á aquél como una muerte corta ó en burla—es tranquila, reposada, alegre, si se me permite la calificación; se despiertan sin mal humor, sonrientes y dispuestos á la actividad. En cambio, hay individuos quienes abren los ojos de mala gana, refunfuñando y revolviéndose con enojo en la cama, como si los despertasen para darles un disgusto; otros abren los

ojos con terribles bostezos y descoyuntamiento de miembros y y ronca voz. Y esto generalmente sucede con el trasnochador, que se levanta cuando ya el sol va muy alto por el horizonte, y el madrugador, que ha descansado en las horas propias para el sueño, ese, en cambio, se despierta con la inteligencia despejada para el trabajo.

Y entre estos soliloquios, cuando iba recorriendo todavía desiertas calles, fijaba mi atención en las señoras que, sencilla y honestamente vestidas, se encaminaban á los templos, según lo indicaban los devocionarios, guiadas por el sonoro concierto de las campanas que sonaban en distintas y lejanas torres. Las criadas, cargadas con el impedimento de las vituallas diarias en las características cestas, atributo de su *doméstica* profesión, venían é iban llenas de francota salud en sus colorados rostros, y dirigiendo miradas en busca de sus galanes de esta quinta y de la otra, ó de primeros y segundos reservas. Los agentes de orden público paseaban tranquilos por las aceras, esperando resignados la hora del relevo, y mirando con compasión á los víctimas de la escoba de la pública limpieza. Los ómnibus venían de la estación cargados del primero de los enemigos del alma, el mundo, y llenos de viajeros de adormilados rostros, de desfallecidas damas, después de una noche de viaje que marchita los adornos y encantos, corrían estrepitosamente sobre el empedrado al acompasado trote de sus caballos. Así entramos nosotros ayer, pensaba, viendo á aquellos seres que tal vez no volvería á hallar en el camino de la vida.

En las tiendas sacudían con plumeros y zorros mostradores y escaparates, preparando los tentadores géneros para la campaña del día, en tanto que los rollizos dependientes regaban las aceras, dando grata frescura. Un organillo sonaba tocando la marcha de *Pan y Toros*, y sus notas se confundían con los gritos de los vendedores y los esquilonos de las vacas de leche, que caminaban reposadamente, como penetradas de su alta misión social de dar de comer al hambriento..... que paga. Movi-

miento reposado, tranquilo, sin precipitación, sin esa exaltación febril que vemos en Madrid, cuyo amanecer no es más que cambiar la iluminación de la noche por la luz del día. Aquel correr de las burras de leche, de coches y de ómnibus, en que se vive al minuto, como le sucede al que se levanta tarde, que siempre llega ídem á todas partes, no se nota aquí; veo tranquilidad y el sosiego que indica una vida reposada, exenta de grandes emociones é impresiones, que lleva contadas las horas y que sabe que le basta el día para todo, y que no le ha de faltar tiempo ni hasta para dormir la segunda noche española, la siesta.

Largo rato he permanecido paseando por la ancha acera del Coso, que he recorrido dos veces en toda su extensión, dirigiéndome por fin á La Seo por la misma calle de Jaime I, y llegando á su plaza, ante cuya fachada y torre quedé contemplando ambas construcciones. Aquella plaza con sus antiguas casas tiene sabor; aquellos altísimos balcones y grandes portales le dan carácter, y que en más de una ocasión habráse henchido de numeroso pueblo, ora en solemnidades y motines.

Al recordar la antigüedad de la basílica del Salvador, denominada La Seo, llénase la imaginación con su importancia en la historia de la ciudad, y desilusiónase algún tanto el viajero al llegar á aquella antigua plaza y encontrarse con una fachada greco-romana y una torre barroca, aunque de buen gusto en medio de tan antipático estilo. Espérase hallar una fachada ojival, una torre del propio género, estilo que responde mejor á la estética histórica, si así se nos permite llamar á este concepto imaginativo. Las gloriosas tradiciones del templo responden á la época de aquél, y la fachada y torre las conceptuamos como un anacronismo tal, cual el pintar á Alejandro ó á César con celada de encaje y espada cruzada de cazoleta, ó armadura del siglo XVI. El género romano responde mejor á la casaca y á la peluca que al camisote de malla, al escudo y la lanza.

Fuera de esta ilusión histórica, ambas obras merecen

atención: la torre por su atrevimiento y elegancia, y la fachada por su acertada proporción: corintias las columnas, con estatuas de San Pedro, San Pablo y el Salvador, en nichos, llevóse á efecto esta obra en fines del siglo XVIII, y fueron ejecutadas por D. Julián Yarga; las estatuas son obra de D. Manuel Giral, y el aspecto total de la fachada es agradable y elegante en sus proporciones. Algo más llama la atención la torre, de atrevida elevación. Aquella altura perjudica á la fachada, que á su lado aparece algún tanto baja y como temerosa de la gallarda mole que á su lado se yergue hendiendo el azul espacio. Forma el primer cuerpo del campanil un almohadillado que nivela con las naves del templo, y la circunda una balaustrada galería. El segundo cuerpo, más estrecho, hállase adornado de columnas y achaflanadas esquinas, y mirando á la plaza se ostenta el horario del reloj, sostenido por dos figuras que parecen ser el Tiempo y la Vigilancia. Estréchase más el tercer cuerpo, que es octogonal, adornado con corintia columnata, y sus planos, que apoyan sobre las esquinas del cuerpo inferior, son cóncavos y se adornan con las Virtudes Cardinales, representadas por enormes estatuas; los demás planos dan espacio y luz para las campanas; por último, el cuerpo superior, adornado como el segundo y con flameantes vasos en las pilas-tras; arranca de éste el chapitel, que de la cúpula rompe en pirámide de ocho caras: el material rojizo de que se halla cubierto le da un tono desagradable que desentona el conjunto. Fué el autor Juan Bautista Contini, que lo proyectó en Roma en 1685. Sea ello como fuere, es uno de los más hermosos ejemplares que conocemos de aquel estilo, y encanta su gallardía y esbeltez, demostrando que la belleza y la elegancia no son patrimonio de ningún estilo, siempre que se guardan las reglas, y el buen gusto aquilata las obras de la inspiración.

Pero antes de penetrar en el templo, demos la vuelta á su exterior, y examinemos los restos que allí se conservan de los antiguos tiempos: no obstante su antigüe-

dad, nada hallamos que nos la revele, y esto se comprende, por cuanto que éste ha sufrido diferentes reformas y ensanches en tiempos no muy posteriores; así es que sus antiguas portadas desaparecieron, quedando la que hemos visto como la principal. Consérvase únicamente la llamada de la Pabostria, en que campea un lindo frontis que señala el siglo de Carlos I, lo propio que las lonjas á que decoran arcos del ojival de esta época. Tan sólo conserva su carácter de antigüedad el precioso y poco conocido ábside, cuajado de finas y menudas labores en la parte que corresponde al altar mayor, y en el que se ostenta en armónica y severa unión una hermosa ventana románico-bizantina, en la que hallamos los trazos que tanto caracterizan á este estilo en los monumentos aragoneses, con otra, elegante cuanto sencilla, del estilo ojival en la parte superior, y sobre aquél elévase la cúpula, que por su gráfica construcción acusa una hermosa antigüedad.

El pardo color de aquellos muros, sus patinadas labores, la tranquilidad de aquel solitario punto, la pureza de aquel cielo azul, los gorriones persiguiéndose con agudos gritos por aquellos tejados y la negra golondrina cerniéndose sobre aquellas remotas construcciones, tenía tal encanto, tal placidez y reposo, que me creía al lado de una de aquellas solitarias abadías en medio de hermosos valles, que convidan al reposo del alma y del cuerpo.

Mas hora es ya de penetrar en el histórico templo; hícelo así, y por la puerta de la Pabostria entré en el sagrado recinto. La tranquilidad del exterior reinaba en aquellas solemnes naves, iluminadas tibiamente por las altas ventanas. No llegaríamos á diez personas las que esparcidas por las naves nos hallábamos, y un hermoso silencio dejaba ancho campo á la oración, á la meditación; á aquella hora, con tan escasa concurrencia, tenía todo el misterio y tranquilo ambiente del templo católico, iluminado con dulce luz tamizada por los calados rosetones de las vidrieras de las circulares ventanas, que

bañan con suaves tonos esculturas, arcos, lienzos y bóvedas, que á impulsos de tan dulces efluvios parece en las estatuas palpitar sus pechos, moverse con la oración aquellas bocas y cruzarse por la plegaria aquellas manos.

Largo rato permanecí oculto en la sombra de una de las naves laterales de la izquierda, sin atreverme á andar por no interrumpir aquel majestuoso silencio. El sol dejaba caer un haz de sus rayos sobre el pavimento, y en aquel rayo de luz se agitaba ese leve tamo de oro que flota en la atmósfera, y, reflejándose su luz en la clave de una ojiva, parecía abrir sobre aquélla un nuevo horizonte azul celeste, visión de la bienaventuranza.

Yo no he encontrado nada más misterioso, inspirador ni más católicamente inspirado que este templo en estas horas y en esta apacible soledad. En tanto, en la capilla mayor, con su precioso altar, del que luego nos ocuparemos, y que aparecía sumido en dudosa claridad, brillaban las luces del reservado del Señor, ante quien arden aquellas lámparas cuya oscilante luz aparecía cual veladas estrellas que brillan en el crepúsculo.

Temeroso de que mis pasos interrumpieran aquel silencio y tranquilidad, seguí, arrimado á las capillas, hasta llegar á la principal, en la cual hay mucho que estudiar en sus detalles y en su historia, como la parte más antigua é incólume de su construcción.

Ahora bien; ¿existía en este mismo lugar el templo que fué Sede de los Valero y Braulio, ó la primitiva iglesia ocuparía un lugar hoy desconocido? En el misterio de los tiempos, la oscuridad de los pasados y lejanos siglos pudiera tal vez descubrir esta duda; por hoy nada sé acerca de ello, pero la fe y la tradición nos dicen que sobre este lugar en que nos apoyamos existió el antiguo templo.

Que sobre este suelo se invocó á Mahoma en la principal mezquita de la ciudad, es sabido, y que en 6 de Enero de 1119 se purificaba para la consagración al Evangelio. Alfonso VII, en 1134 (26 de Diciembre), con-

firmaba los donativos hechos por Alfonso I y otros, en favor de su restauración, pues que estaba ruinoso. No bastó sin duda el donativo de los canónigos para llevar adelante la obra, y Clemente III, en 1188, confirmó las donaciones hechas, y castigaba al que impidiera la realización. Largos años continuó lo mismo, hasta que en el siglo XIV comienzan las obras con energía, construyéndose la nave principal hasta la terminación del coro. El Papa Luna, que como es sabido fué como á tal considerado en Aragón, hizo donación en 1412 del quinto decimal con destino á la construcción, reparaciones y terminación de la hermosa cúpula, cuyo exterior hemos admirado hace pocos momentos. Pocos años después comenzó la obra del precioso retablo mayor, obra la más hermosa que encierra el templo. En 1490, el Arzobispo D. Alonso de Aragón costeó la subida de las dos naves laterales á rasar con la principal y emprender la construcción de las otras dos. Así continuaron las obras, y en el 1498, día 7 de Febrero, se hundió uno de los pilares, sufriendo bastante el templo y parte del coro, lo cual hizo necesaria la reunión de los más famosos arquitectos, como lo fueron el maestro Egas, de Toledo, Juan Font, catalán, y Compte, de Valencia. Su opinión facultativa fué que era necesario rebajar la cúpula al estado en que hoy se encuentra. La anchura de que había quedado el templo, desproporcionado con su largura, hizo que el Arzobispo D. Fernando de Aragón determinase la construcción de la nave transversal en la parte baja, con lo cual quedó proporcionada en sus dimensiones, reservándose para enterramiento la capilla de Santa María la Blanca. Tal ha sido la accidentada construcción de este hermoso templo: al conocer las vicisitudes por que ha pasado en el largo lapso de tiempo transcurrido, se cree faltaría la unidad, que el pensamiento primitivo hubiera desaparecido por el gusto de la época; y sucede todo lo contrario. No conociendo los tropiezos que hemos señalado, creeríase que un solo pensamiento, un solo maestro, había concebido y ejecutado esta her-

mosa y simpática obra en todos sus detalles.

El templo consta de cinco hermosas naves, que las forman las series de columnas en filas de cinco que apoyan las bóvedas: el estilo es uniforme, y el que presentan las construcciones del siglo XVI. Cada columna se divide en grupos de ocho, aisladas de la masa de la pilastra por molduras de talón cóncavo y con aristones. En medio de su elegancia no conservan sino detalles del estilo ojivo: los basamentos son de mármol y descansan sobre pedestales estilobatos de carácter moderno. Sobre los capiteles asoman como con timidez dentellados abacos; los capiteles, de hermoso follaje, son de gallarda forma: muchos de ellos llevan en sus caras escudos tenidos por ángeles y animales. Pero lo más puro del estilo ojival es la hermosa bóveda de crucería y la elegante ojiva de los arcos de correcto gusto; contemporáneas ambas, creyéronse aquéllas de los mejores tiempos del ojival, y, sin embargo, unas y otras son contemporáneas. Esmáltanse las crucerías con rosetones dorados de delicado y hermoso trabajo: el conjunto del templo no puede ser más uniforme, y tan sólo hallaremos, sin que esto resulte como defecto, que la nave central acusa mayor anchura que las demás, y en sus arcos campean escudos con leones: el conjunto resulta de una pureza superior á la que pudiera esperarse, teniendo en cuenta lo avanzado de la época de su terminación. Quítense las ventanas circulares de las capillas, que á determinadas horas iluminan desagradable y repulsivamente el templo, déjese éste con su tibia luz, que artistas más estéticos que los modernos ya abrieron aquéllas, y entonces, si no halláis inspiración, placer artístico en esta bella composición, que tanto convida á elevar el espíritu á superiores conceptos y regiones, bien podrá decirse que vuestro corazón es duro al sentimiento, como vuestra vista al placer del arte plástico.

Avanzamos á la capilla mayor, que apenas se distinguiría del templo sin la plácida y suave luz que sobre ella cae desde lo alto de la hermosa cúpula, obra del

famoso anti-Papa Luna. Elevad vuestros ojos y contemplad su bella elevación y los torrentes de luz del sol que la cruzan á través de sus vidrieras. ¿No os indica ni señala nada su forma? ¿No representa algo más que una cúpula? Fijaos y veréis; afectó la forma de una tiara en un principio, pero el hundimiento del pilar hizo que se rebajara su altura, para descargar el peso, y entonces se le dió la forma octógona que hoy tiene, y entrando por algo en la cornisa el estilo plateresco; consérvanse en los arcos todavía los blasones de la casa de Luna, y sobre los arcos, en los nichos que acogen las estatuas de santos. Las ventanas, rasgadas, atrevidas y hermosas, son de tres arcos: en la parte alta las divide de los nichos un friso, en el que se lee la historia de la cúpula y de que hemos hecho mérito anteriormente.

Dice la inscripción, que, gracias á los gemelos que conmigo llevaba, fuí tanscribiendo: *Cimborium quod hoc in loco Benedictus Papa XIII Hispanus, patria Arago gente nobili Luna, extruxerat, vetustale collapsum, majori impensa erexit amplissimus illustrisque Alphonsus catholici Ferdinandi Castellæ Arago utriusque Siciliae regis filius, qui gloria finatur: anno 1520.* Sobre este friso arranca la bóveda superior en forma de estrella, adornada con diez y seis florones. En la clave se abre la linterna superior con bello ventanaje.

Descendiendo ya la vista desde aquella altura, fijémonos en el retablo, una de las más hermosas obras que conocemos, no sólo por la acertada proporción, sino también por la delicada ejecución de las finas labores que lo enriquecen, consiguiendo que, puesta la mirada en aquel rico é inspirado conjunto, difícilmente puede apartarse hasta haber saciado el ansia de contemplación que producen aquellos relieves.

Examinémosle, aun cuando sea ligeramente: columnas dividen el espacio inferior en siete compartimentos desiguales en sus anchos; los de menos amplitud son ventanas que dan luz al trasaltar, cubiertas de follaje que forma una especie de reja, y en los restantes há-

llanse representados el martirio de San Lorenzo, sepultura de San Vicente, la presentación de San Valero al procónsul y la curación del endemoniado, que fué causa de la traslación de la cabeza del Santo á Zaragoza en 1169.

Cada cuadro de aquellos bajos relieves merece un particular y detenido examen por la soltura con que están movidas las figuras, el sentimiento que revelan y la cuidadosa y franca ejecución y minuciosa labor de los trajes y buen plegado de los paños.

En los lados de este primer cuerpo se abren las puertas que comunican con los departamentos interiores; son de madera, y en ellas se hallan esculpidos de cuerpo entero los santos Valero y Vicente. Los arquitos que forman las puertas se hallan festonados con una delicada guirnalda de rosas y hojas de vid y de acanto, semejante y formando juego con la que recubre la cornisa que separa el cuerpo bajo del superior, siguiendo el trazo de los gabletes impuestos sobre los siete huecos inferiores.

Cuadros de gran relieve, en número de tres, constituyen el cuerpo superior, representando al Salvador, la adoración real en el centro, la Transfiguración y la Ascensión. El cuadro del centro figura unos cortinajes recogidos con gracia y severidad por seis ángeles, y aquel plegado de paños deja practicable una lumbrera por la cual se ve el sagrario con el reservado y las lámparas que con dorada luz le iluminan. En los lados cuatro pilastras, esmaltadas con delicadas estatuitas y guardapolvos, flanquean los tres cuadros. Los gabletes subdividen los pináculos, formando unas agujas rematadas en una flor de cáliz. Dudo que pueda hallarse un conjunto en el estilo ojival más sencillo, elegante, sentido y más vivo, sin recargos ni contrastes.

Al obispo D. Dalmacio de Mon se debió esta preciosa joya, tal vez en nuestro sentir la más estimable en sentido artístico que encierra el templo, obra de un artista imaginero poco conocido, pero cuya delicadeza y

sentimiento en la ejecución demuestra que conocía el arte tal vez más espiritualmente que algunos otros cuyos nombres se han hecho famosos en obras similares. Sin embargo, la muerte impidió al maestro Pedro Juan terminar aquella delicadísima obra, que se le encomendó en 1473; se encargó de ella el maestro Aus. No obstante, con más ó menos participación, trabajaron en él Gil Gombao y Gil Morlán, que ejecutó la ventana ó hueco que comunica con el sagrario. Gombao, el célebre constructor de la torre nueva, que ya visitaremos, hizo las puertas del altar, el cual, como á imitación de los trípticos, se abría y cerraba, como aún hoy subsiste en el hermoso retablo mayor de la catedral de Valencia. Del mismo artífice son también las hermosas ventanas góticas del ábside, y que ya le hemos examinado por la parte exterior.

No de menos estudio es el presbiterio que el famoso altar, si bien lo es éste más por sus grandiosos recuerdos. Desde el momento en que separáis la vista del retablo, fatigada, nunca cansada de admirar aquel encanto de la talla y la imaginería, fíjase la atención en una hermosa silla de rico estilo plateresco y de dos asientos, colocada en el lado de la Epístola, en que se admira la elegancia y profusión de los adornos sin degenerar en pesados y confusos. Cubren las paredes de la capilla moradas cortinas que cuelgan de la rica cornisa sobre que se apoya la cúpula, y en su centro vense bordadas las armas del Cabildo. Regio efecto producen aquellos hermosos y severos paños; pero tras ellos hallaremos dignos recuerdos de la historia y obras de arte con que recordar personajes que ya pasaron y cuyo recuerdo aún palpita en las páginas de los acontecimientos de las pasadas edades. Tras el amplio cortinaje del lado Evangelio hallaremos un ataúd de madera que lleva pintada la imagen de la Infanta María, cuyos huesos contiene; es hija del gran Jaime I, y la menor que tuvo con la simpática Reina Doña Violante, hermosa compañera del Conquistador, y á quien siguió en sus campañas como dig-

no modelo de esposas. ¡Ojalá hubiera tomado ejemplo de aquella lealtad y cariño el lujurioso Monarca!

La Infanta María falleció en Zaragoza el año 1267. Diósele sepultura por los vecinos, en contra de la nobleza, que quería llevarla al monasterio de Vallbona, y aquí ha continuado desde entonces. Á su lado vemos lleno de ostentación el sepulcro en marmol del Arzobispo D. Juan, hermano de Fernando el Católico, que murió en Albalate del Cinca en 1475. Contrasta notablemente la sencillez y humildad del enterramiento de la virgen infanta con el rico y ornamentado del Arzobispo. El lucillo hállase adornado de estatuitas y doseletes de estilo plateresco sumamente elegantes, y entre los cuales predomina más el sabor gótico en los principios del ornamentado; sobre la urna vese á la Madre del Crucificado, y en sus lados San Jerónimo, San Martín y varios otros santos. Dos Arzobispos, Infantes, padre é hijo, duermen el sueño de la muerte, D. Alfonso y D. Juan de Aragón, padre é hijo, hijo natural y nieto de Fernando V. El primero fué casado con D.^a Ana de Gurrea y tuvo dos hijos; enviudado, se ordenó en 1501, y aquéllos, D. Juan y D. Fernando, le sucedieron en la dignidad arzobispal; ambos descansan debajo del presbiterio, y no lejos de ellos se halla enterrado el corazón del Príncipe D. Baltasar Carlos, muerto de viruela á los diez y siete años, y la tradición, sin que documento alguno lo compruebe, nos dice hallarse allí enterrado el cuerpo del Infante D. Miguel, hijo de los Reyes Católicos: este desgraciado Príncipe, en cuyas sienes debían descansar un día tan grandes coronas, falleció á los veintidós meses de su nacimiento, y su bautismo coincidió con los funerales de la gran Isabel, en 1498. Misterios reservados á la Providencia: si aquel Infante no hubiera muerto, ¿cuál sería hoy la faz de esta nación ante la historia? En aquel Príncipe se habían de reunir todas las coronas de la Península, y si así hubiera ocurrido por el derecho de sucesión, Portugal no sería hoy otra nación, seríamos hermanos unidos por los decretos del que todo

lo puede, y España sería la Península, sin resentimientos ni temores que no deben existir entre hermanos de raza, de civilización y de sentimientos; entonces hubiera sido unión providencial; como lo había sido la de Castilla y Aragón; pero Dios no lo quiso por entonces. ¡Quién sabe qué destinos nos tendrá reservados á ambos hermanos!

Apoyado en el respaldo de la silla de que he hecho mención, mi espíritu, embebido en las consideraciones que la tumba de aquel niño había hecho surgir en mi espíritu, trasladábame á otras épocas y recordaba cuántas alegrías, hechos notables había presenciado esta capilla en solemnes juras de Reyes, armamentos de caballeros, consagrarse Prelados, coronarse los Reyes aragoneses, á quienes creía ver en medio de las nubes del incienso arrodillarse cubiertos con la roja dalmática de Subdiáconos por privilegio de esta monarquía; cuántos regios enlaces y funerales y las severas y respetables Cortes del Reino con sus *solios* y *proposiciones*. Y al llegar á este punto, recuerdo el imborrable Parlamento de Caspe, y al eminente político y estadista Vicente Ferrer, que si grande es como santo por su predicación, grande y tanto más se me aparece como hombre de Estado, que con tan claro talento supo prevenir pacíficamente acontecimientos que habían de cambiar la faz de la Nación. Vicente Ferrer y Ximénez de Cisneros son dos figuras que no han sido estudiadas todavía cual merecían, para depurar su notable talla como hombres de ciencia política, no de la talla de nuestros pseudo-políticos de contrata y de fabricación á la menuda, sino como de hombres de pensadora inteligencia y de profundos conocimientos de las leyes que informan la marcha ordenada de los pueblos. Y de deducción en deducción vine á pensar en el protector de Ferrer, en el tenaz aragonés y antipapa Luna, cuando en la noche de Navidad de 1410 celebró como Pontífice, y el Justicia, según nos relatan los historiadores aragoneses, cantó la lección de los oficios de la solemnidad, espada en mano, como representante del Rey. Entonces se me aparecía el fausto y la ostentación de

aquella ceremonia, y veía á Benedicto XIII, reconocido y acatado como á supremo jerarca de la Iglesia, y tiempo después, solo, triste y abandonado de todos, permanecía encerrado en el castillo de Peñíscola, sin escuchar más cánticos ni solemnidades de la Iglesia que el rumor de las olas que se estrellaban contra los cimientos de aquel nido de águilas, mansión de tristeza y de abandono. Y de aquella noche de Navidad, venía á otra en que el silencio reinaba en el templo, escuchando tan sólo el rugir del viento y el monotonó son de la lluvia, y veía caer acribillado por las heridas al pie del presbiterio, víctima de feroces asesinos, á Pedro de Arbués, al maestro Epila.

Descendamos del presbiterio y recorramos el resto del templo; penetremos en el desierto coro, dejemos la verja que le cierra, con sus confusos remates, no del mejor ni más acertado gusto, y fijémonos en la preciosa silla arzobispal con las armas del decidido protector de las artes, el ya citado Arzobispo Mur, que sepultado en el centro del coro yace. La indicada es un objeto digno de examen por sus delicadas y prolijas labores de la más encantadora ejecución. La sillería es de roble de Flandes, y aun cuando no es ostentosa ni rica, merece fijarse en ella por el buen gusto que caracteriza su ornamentación. Severos medallones con figuras de medio relieve adornan sus brazos, y el respaldo de aquéllas, alto y elegante, le adornan arcos con columnitas góticas con ménsulas de volutas que sostienen la cornisa de doselete corrida por todas ellas, y en cuyo plano interior vense preciosos tallados. El estilo de esta obra y del altar parecen de la misma época, y aun casi me atreviera á decir que manos que trabajaron en el altar se ocuparon de este decorado. Dícese que el carpintero fué Juan Navarro, y no sabemos si el mismo trabajaría el hermoso facistol que con justicia llama la atención del aficionado á estas obras del arte, y lo propio decimos del basamento del coro, pero nada del resto de aquella máquina cimental.

Salgamos del coro y examinemos por su parte exterior los muros que le cierran: aquí el plateresco ha derramado á manos llenas la elegante profusión de sus característicos adornos, y que después de admirar la delicadeza ojival de cuanto hemos visto, en nada desdice, nada nos extraña, cual si la transición fuese espontánea, lógica, natural. Del misticismo de aquél, de aquella ligereza en la línea al elegante y cortesano plateresco, hay diferencias notables; y no obstante, así como al salir del presbiterio y del coro, cualquier engendro del barroquismo hiere dolorosamente nuestros sentidos, en cambio todos los primores de este trascoro os atraen, llaman y encantan con su elegancia natural, su delicadeza y sentimiento de distinción en medio de sus menores detalles y perfiles.

Dejemos el basamento de mármoles y de carácter y construcción moderna: aquellos pedestales estilobatos no pueden nunca servir más que para sostener las sentidas obras de Tudelilla, cuyo cincel era para la ejecución lo que la pluma para el trazo. Las dos estatuas de San Lorenzo y de San Vicente son dos acabadísimos modelos de ejecución y de espiritual realismo, si cabe esta amalgama, lo propio que los bajos relieves que representan los martirios de ambos santos. Doseletes, abalaustradas columnas, paños, flecos y caprichos, que hacen pensar en la argentería, embellecen de tal suerte aquella ordenada y ligera confusión de adornos, que la vista no sabe apartarse de ella y vaga indecisa en donde posarse para gozar con tal esplendidez y ricos detalles. En el centro del trascoro un templete de orden barroco, pero de sus primeros tiempos, sostenido por salomónicas columnas de negro mármol, cobija un hermoso Crucifijo, y en el lado derecho del espectador vese arrodillada la figura de un canónigo que en el primer momento tomé por ser viviente; representa al canónigo Funes, devoto del Crucifijo, y de quien dice la tradición le oyó hablarle antes de ser Obispo de Albarracín.

Los muros laterales del coro hállanse adornados con

igual riqueza y esplendidez y como queriendo seguir el mismo orden; pero ya no había en aquella época Tudelillas, y todo su trabajo es muy inferior á lo que acabamos de examinar. Columnas, ángeles, doseletes y follajería, todo está ejecutado con perfección; pero no comparéis aquel San Timoteo, San Gregorio, Valero, Braulio, Ramón y otros con el San Vicente y San Lorenzo; la desilusión es grande, aun en medio de que, como he dicho, son buenas figuras, que no teniendo inmediatas las obras de Tudelilla llamarían la atención. En bajos relieves vense el martirio de San Dominguito del Val y la muerte de Pedro de Arbués, cuya obra ha venido á colocarse inmediata al sitio del hecho. De una columna próxima me dice el sacristán que pendían los estoques con que fué herido; hoy han desaparecido de aquel punto, aun cuando no sé la razón ni la comprendo.

De las capillas, algunas no merecen ser citadas por no contener nada especial de mención, y de otras, como las de Santiago y San Vicente, hay que huir con horror ante los figurones y extravagantes portadas, que son hijas de algún loco, y la más genuina representación del mal gusto y de la perversión del arte. Únicamente en las del muro, en la parte baja del templo, es donde podemos detenernos, ante la del Nacimiento, notable por las buenas pinturas en tabla, de esmerada ejecución y de un colorido fresco y brillante á pesar de su antigüedad. La de San Marcos se adorna con buenas pinturas de Rubiella. Menos suntuosas, pero más bellas, son las que vemos en los pies de la iglesia; la de San Benito conserva unos bustos de ángeles, góticos, que soportan los arranques del arco. Notable es también la de San Bernardo, con un altar de alabastro cuajado de estatuas y hermosos bajos relieves, debidos al celoso Arzobispo D. Fernando de Aragón. Dos tumbas contiene: la del Arzobispo y su madre, que reposa en urna plateresca, obra, lo propio que el altar, del artífice Morlanés. La estatua de aquella dama, D.^a Ana de Gurrea, respira la mayor tranquilidad y calma, y cuya factura es sentida

con pasión y ejecutada con sentimiento. Adorna el sepulcro la Sagrada Familia, con la ornamentación rica y elegante del cincel del constructor del retablo. El de su hijo, más severo en sus adornos y representaciones. La noble figura tombal del Arzobispo respira majestad sin orgullo ni amaneramiento, y sobre ella la escena de la Crucifixión y el Juicio final adornan severamente el respaldo del mausoleo. La capilla de Nuestra Señora de las Nieves sirve de panteón, bajo esculpida losa, al cadáver del Arzobispo D. Pedro Manrique, de noble familia y muerto en 1615.

El más cruel barroquismo se ha apoderado de la capilla de San Valero, célebre porque sobre la cabeza del santo Obispo debían jurar en los pleitos los que de mala fe pleiteaban. Dejando las demás, detengámonos ante la del Arcángel Gabriel, toda ella de género plateresco; la portada de mármol y la reja de bronce contienen minuciosas labores, lo propio que el altar dedicado á los tres Arcángeles es precioso en su rica y exuberante ornamentación. Al contemplarle, viénese inmediatamente á la mente el rico y espléndido patio de la Infanta en la casa de los Zaporta, y mayor ilusión causa aquella semejanza cuando acabo de saber que el mismo Zaporta la construyó para su enterramiento, y en la cual se halla D. Gabriel Zaporta, que falleció en el año 1579.

Al fijarnos en aquellos delicados adornos y la franqueza con que están ejecutados, creo hallar la misma mano que esculpió aquel hermosa patio en las prolijas labores del retablo de esta hermosa capilla; tanto más, cuanto más nos fijamos en el horrendo barroquismo de las otras. La de San Pedro de Arbués no contiene de notable nada más que tres grandes cuadros de Francisco Jiménez, de Zaragoza, de buena ejecución, aun cuando resintiéndose algo de la época. La estatua del Santo, obra de D. José Ramírez, es hermosa y merece otro templete que el barroco que la resguarda. La capilla de Santa María la Blanca ha sido el enterramiento de los Arzobispos, y así, lápidas hallamos con inscripciones

de otros tantos prelados. No lejos de ella vemos la bizantina portada de la sacristía, cruel y ferozmente degradada de su primitiva belleza por los pésimos adornos del barroquismo que hasta ella llevó su profanadora mano; contemplámosla con dolor, y entre aquellos marmarachos admiramos sus hermosas líneas y elegante abocinado. Lástima que el cabildo, tan ilustrado y digno, y algunos de sus individuos que me honro en conocer y apreciar, no emprendieran una limpia de aquella basura que cubre la hermosa portada, y le devolvieran su pureza y encanto; obra sería ésta que le agradecerían las personas de gusto, y embellecerían con ella tan preciosa portada, ya que, por desgracia, no es lo que más abunda en Zaragoza en el hermoso estilo de los cuatro siglos.

La capilla de San Miguel ó de la parroquia encierra un precioso altar gótico, pequeño, portátil, y en sus cuadros contiene la Pasión del Señor. La ejecución es muy acabada, lo mismo en encarnación que en detalles indumentarios y arquitectónicos. En cambio son muy inferiores en sentimiento y expresión, resultando frías y enervadas algún tanto, las actitudes de los mismos; San Miguel y San Benito figuran en las puertas, pintados con algo mayor sentimiento que los del interior. De propósito he dejado para lo último esta capilla, que encierra la preciosidad del templo en arte gótico: refiérome al sepulcro del Arzobispo D. Lope de Luna, y cuyo cenotafio conocerán algunos de mis lectores por el grabado ó la fotografía. Esta capilla fué fundada por el Arzobispo, y á su fundación acompaña una fantástica tradición. Caminaba el Arzobispo por el áspero pinar de Villarroya, cuando oyó una voz lastimera que le llamaba; detúvose y volvió el rostro, viendo venir en su busca una ensangrentada cabeza que á saltos se llegó hasta el asustado D. Lope, pidiéndole confesión, como lo hizo aquel ensangrentado despojo del desgraciado que al cortársela invocó á San Miguel, el cual le conservó la vida hasta el momento de terminar la confesión de sus

culpas. Aquel milagroso suceso hizo consagrar al Arcángel su devoción, y en esta capilla destinó su sepultura, en la que reposa desde el año 1382, en que falleció, después de una vida fructífera para la religión.

He visto algunos primores y composiciones sentidas del arte ojivo, tan inspirado y profundamente religioso; he visto algunos sepulcros en que los doseletes y figuras, religiosamente sentidas con esmerada ejecución, encantan y elevan el espíritu en ese festín del gusto que produce siempre el placer de lo estético; he soñado con épocas de fe y de entusiasmo, bajo severas arcadas y exornadas ojivas teñidas de los colores de la visión del paraíso por las pintadas vidrieras; he visto abrasar el sol en su ocaso aquellos pintados vidrios, sobre los que se quebraban sus rayos en encendidas cascadas de luz de mil colores á través de los negros calados de la piedra de los rosetones, cual fantástica reja que cerrara la espléndida iluminación de la comunión de los justos; pero si aquella esplendente armonía de luz, de fuego y de mil ardientes cambiantes produjo en mi ánimo éxtasis de arrebatado amor al Dios de las bondades y de la misericordia, en cambio la muda contemplación de esos poemas de la piedra, latidos del sentimiento del corazón, articulados por la mano y el cincel, me han llevado á pensar en la humana inspiración animada por el dedo de Dios, como prueba manifiesta de su poder al dar tal sentimiento al hombre, su hechura, para traducir los afectos de su alma en líneas tan puras, sentidas y expresivas. No obstante lo dicho, la impresión que el sepulcro de Lope produjo en mi ánimo fué tan grande como sencillo es el conjunto de aquel sentido artístico que domina en el pensamiento y ejecución de tan notable obra. La misma sobriedad es su principal encanto, y la pureza de su estilo lo que atrae y retiene el ánimo ante tan bello ejemplar del estilo ojival en monumentos funerarios. Cada una de las doce velas lleva figuras que ocupan el frente de la urna, y necesitan un detenido estudio en su expresiva y sencilla belleza; cada figurita de aquellos

doce monjes guerreros requiere un examen minucioso en sus detalles y ejecución; á pesar de sus ropas talares y capuchas, adivínase el tejido de la malla que ocultan aquéllas, que ora se ve asomar por los brazos, ora se adivina, como hemos dicho. Sus actitudes todas expresan el dolor en diversas manifestaciones: cubre uno su rostro con las manos para recoger el llanto; pensativo y con la mirada baja, sujeta con su mano la barba otro; cruzado de brazos, contempla con resignada mirada al cielo el de más allá, y casi podemos decir que cada una de aquellas doce preciosas esculturas representa una faz del dolor. Encerrada cada una en su compartimento, cúbrenlas doseletes apiñonados y corridos con enlazes del mejor gusto, que sirven de gablete á la columnita que divide el nicho de cada una de ellas. En los ángulos vemos otros dobles doseletes que cubren á otras figuras iguales en su adorno por el saliente del arca, y primorosos en su ejecución. El del centro ha perdido, tal vez por algún bárbaro *amateur*, la cabeza, pero el tronco demuestra la misma fina y nada amanerada ejecución del resto de la obra. Las de los ángulos cubren sus acabadas cabezas coronas, y los doseletes son más ricos en detalles.

Los lados del arca hállanse igualmente adornados, pero sus figuras no son más que de medio relieve. Sobre la tapa descansa la figura tombal del Arzobispo, de tamaño algo mayor que el natural. Cubre su cabeza mitra y empuña un báculo cuya cayada esmalta rica y pura labor del estilo; el rostro severo, pero simpático, con su nariz aguileña, representa el varonil tipo del activo Prelado. Su cabeza descansa sobre bordada almohada, en que campean las armas de los Luna, y á sus pies dos perros velan su sueño. Las ropas arzobispales conservan restos del dorado de que indudablemente estuvieron cubiertas, pero el tiempo ha dado un triste tinte á los restos del oro, que le hacen aparecer venerable en su empañado brillo. Sobre el muro corre un friso, cubierto por un rico guardapolvo en que los más castizos

adornos del gótico campean con delicioso trazado y resguardan á las figuras que sobre la altura de la cabeza del Prelado se hallan colocadas; veintitantas, no recuerdo fijo su número, son aquéllas, y representan monjes de diversas ordenes, sin que la monotonía del plano deje de causar encanto al examinar su limpia factura, siendo notable la que está leyendo en un libro que sostienen dos figuritas. ¿Quién fué el verdadero artista que sintió y ejecutó tan hermosa composición en el siglo XIV? Los hombres lo ignoramos; Dios, que inspiró aquella mente, conocerá su nombre y el paradero de las demás obras de este artista, que no creemos ejecutaría tan sólo su experto cincel tan exquisita y pura obra; ignoramos su nombre, pero bendecimos la mano que tal ejecutó, y que hoy, á través de cinco siglos, aún hace sentir, gozar y admirar su delicada labor y cristiana inspiración.

Salí de la capilla gratamente impresionado, y nada quería ver; temía borrar de mi alma aquella pura imagen de un estilo que ha sido siempre mi encanto. En la sacristía me esperaba el secretario del Sr. Cardenal, antiguo cura de mi iglesia en la Corte, persona tan instruída como entusiasta por el arte, y además canónigo de esta antigua metropolitana.

Hízome pasar, y en ella vi algunos hermosos cuadros, pero el nombre de la cruz de la jura de los Reyes de Aragón me hizo dejarlos por aquélla. Hermosa por su estilo gótico, cuajada de pedrería, atrajo á mi mente tal cúmulo de recuerdos, de glorias del país de mis padres, que no pude menos de besarla con el respeto que se besa la frente de un padre cuando el hielo de la muerte ha cerrado aquellos ojos que sólo nos veían á nosotros, y por nosotros vivían y alentaban en vernos felices.

No pude menos de abrazar, con lágrimas en los ojos, aquella inestimable joya, sobre la que manos de tantos Reyes se habían posado para jurar los fueros de la patria; y la gloria del recuerdo de San Pedro, Jaimes, Alfonsos y Fernandos parecíame verla vinculada en aquel

signo de la redención santificada por el Hijo de Dios, y como sagrado signo de las victorias de Aragón. Nuevo respetuoso ósculo deposité sobre sus brazos, y contempléla con respeto. ¡Bien puede calificársela de la más preciada joya del tesoro de la catedral! Rica y de estilo plateresco es la custodia, en que se admiran prodigios de ejecución: consta de tres cuerpos y fué labrada en 1537; y entre las ropas de celebración, es preciosa la negra casulla, cuajada de pedrería, y los dos ternos, bordados en colores, representando pasajes de los textos sagrados; entre ambos, el regalado por D. Fernando de Aragón llama más la atención por lo perfecto en sus detalles y más dulce colorido. Y con esto terminó mi visita á la catedral. Al salir á la plaza sonaban las once: ya mis compañeros se habían levantado para sentarse á la mesa para el almuerzo, y pensando en ellos, llegué al hotel cuando bajaban al comedor. Ellos habían descansado; pero yo, en cambio, había gozado de la mañana en un verdadero festín de arte y de sentimiento.

Increpáronme por no haberlos despertado, aun cuando el madrugón los hubiera puesto malos, y á su repulsa contesté levantando los hombros y respondiendo con el antiguo refrán de quien se levanta tarde ni oye misa ni come carne.....

Concluído el almuerzo nos dirigimos al Suizo, y allí, saboreando el café y leyendo los imprescindibles *Imparcial* y *Correspondencia*, discutíamos qué hacer el resto del día; eran las dos, y debíamos aprovechar la tarde. Á la Aljafería, dijimos; allí tenemos un amigo, el médico del regimiento de Gerona, D. Luis Martí, y él nos enseñará el arábigo palacio. Á estas horas debe encontrarse en él; en marcha, y ya que hemos perdido la mañana, aprovechemos la tarde.—¡Eh! Cochero, á la Aljafería.

Y pocos minutos después llegábamos á lo que un día fué mansión real y hoy..... prosaico y vulgar cuartel, respirando ordenanza, limpieza y aseo de castigo. Echamos pie á tierra en la explanada y capítulo aparte.

J. CASAÑ.



EL PREBOSTE DE LEQUEITIO

LEYENDA

I

En su estancia está el preboste
don Rodrigo Adán de Yarza,
el anciano más hermoso
de la costa de Cantabria.
Aunque ochenta inviernos tiene,
no hay una arruga en su cara.
¡Qué nobleza en su ancha frente!
¡Qué fulgor en su mirada!
No le ha encorvado la edad;
derecho está como un haya
que de los vientos se mofa
de excelso monte en la falda.
Contempla el noble preboste
varios trofeos de caza:
colmillos de jabalíes,
de cuatro ciervos las astas,
de un lobo enorme la piel
suspendida de una lanza,
y otras reliquias así
que llenan toda la estancia

y del noble caballero
las aficiones declaran.
De pronto la puerta se abre,
y un hujier dice en voz alta:
—Lucía de Mendiburu,
hija de Ruy; la muchacha
que del preboste ilustrísimo
tiene audiencia demandada.

II

La niña entra, y el preboste
maravillado se queda
al ver tanta gallardía,
al mirar tanta belleza.
Quince años tiene la joven
y asombra ya por lo esbelta,
por sus curvas tentadoras,
por su apostura de reina.
Sus labios son de carmín
y sus dientes son de perlas,
sus cabellos son de oro,
de nácar su frente bella,
y en sus dulcísimos ojos
el cielo azul se refleja.
Así es que el noble preboste
maravillado se queda.

III

El anciano, que es galante,
así le dice:—Lucía
con acierto te nombraron,
porque eres lumbre divina,
y tus fulgurantes ojos
al sol no tienen envidia.

Admirado te contemplo,
y te doy la bienvenida.
¿En qué te puede servir
el preboste, hermosa niña?
No temas; cual padre amante
remedio pondré á tu cuita,
si remediarla es posible.
Sin temor habla, hija mía.

IV

—¡Gracias, señor! Quiera el cielo
premiaros con mano pródiga
la bondad que me mostráis;
en vuestra alma generosa
piedad hallaré de fijo
y remedio para mi honra.
Oid, pues, señor preboste,
de mi desgracia la historia.
Un mancebo de Lequeitio
hace tiempo me enamora
con dulcísimas miradas
y con palabras melosas
que ablandaran, no á una niña,
sino también á una roca.
Así el corazón le he dado,
y también el alma toda.
Á cumplir su juramento
se niega el ingrato ahora,
su solemne juramento
de hacerme un día su esposa.
—¿Y por qué obra así el traidor?
¿Es que tal vez quiere á otra?
—No, señor. Según él dice,
yo reino en su pecho sola;
mas su padre, un gran señor,
es el que estorba la boda,

pues tiene para su hijo
una riquísima novia,
y mi casa es harto pobre,
aunque con timbres que la honran.

—Pues yo te juro, Lucía,
que justicia se hará pronta.

—No juréis, señor, que el joven
de familia es poderosa.

—No teme Adán el preboste
á nadie. Pronto le nombra.

V

—¡Temo, señor!—¿Por qué temes?

¿Ya de mi justicia dudas?

¿Que te ampararé cual padre
no te dije, por ventura?

—Mas que seáis mi enemigo
quiere la cruel fortuna.

Contra vos mismo, señor,
vine á pedir os ayuda.

Vuestro hijo es mi amante.—¡Qué oigo!

¿Qué me dices, por Santa Úrsula?

Casarle yo deseaba

con Isabel de Murúa;

pero, pues te ama y le quieres,
has de ser esposa suya.

Ven á besar á tu padre,
bellísima criatura.

Su mano ha de darte el mozo:

¡así el Señor me dé ayuda!

VICENTE DE ARANA.



NOTAS

TOMADAS

POR D. CRISTÓBAL BENÍTEZ EN SU VIAJE POR MARRUECOS,
EL DESIERTO DE SAHARA Y SUDÁN, AL SENEGAL (1)

(Continuación.)

Á las doce de la noche del día 24 empezamos nuestra marcha, tomando todo género de precauciones para evitar el ser envueltos por los remolinos de arena que tan frecuentes son en aquellas regiones, y que podían separarnos á unos de otros, lo que equivalía á una muerte segura; cogimos las cuerdas que los camellos llevaban en la boca y amarramos la de uno á la cola de el del guía, otro á la cola de aquél, y así sucesivamente unos detrás de otros, por ser éste el medio de no separarnos del guía, que era el único que sabía la manera de esquivar tanta tromba de arena como nos rodeaba y amenazaba destruirnos á cada instante.

La claridad de la luna nos dejaba ver el peligro en que nos encontrábamos, aunque no podíamos apreciarlo de igual manera que si el día nos hubiera alumbrado; no obstante, distinguimos perfectamente enormes montañas de arena que, como fantasmas, se aproximaban y se alejaban de nosotros.

(1) Véase la página 282 del tomo LXV.

Abismados en nuestros pensamientos y en observar los giros del guía para esquivar el choque con aquellos fantasmas amenazadores, seguimos caminando toda la noche hasta las nueve de la mañana del día 25, en cuya hora hicimos alto, porque el calor nos ahogaba y necesitábamos defendernos de los rayos del sol debajo de las lonas de nuestras tiendas.

Hermoso é imponente fué para mí el amanecer de dicho día 25, dándome entonces cuenta detallada de mi viaje durante la noche, al observar con perfecta claridad los inmensos remolinos de arena que por doquiera se levantaban amenazando concluir con nosotros, sin que me tranquilizara el estar acampado, porque creía que de un momento á otro pudiéramos ser envueltos por ellos con nuestras tiendas y camellos, lo que no tuvo lugar, con gran extrañeza mía, porque el guía nos hizo acampar en un sitio cubierto de arena gruesa y pesada, que no podía ser arrebatada por el viento y en cuyos límites desaparecían los remolinos que en otros puntos se formaban, como si encontraran una fuerte barrera que los deshacía inmediatamente.

En ese día no vimos vegetación alguna, ni pude hacer más observación que la de las trombas desde el interior de la tienda, por ser tal la fuerza del sol que á la sombra marcaba el centígrado 45 grados, temperatura imposible de soportar á no ser dentro de las tiendas y tendidos en el suelo, porque si intentábamos levantarnos, sentíamos inmediatamente los desvanecimientos precursores de la asfixia.

En dicho día alteramos las horas de viaje, decidiéndonos á viajar desde las cinco de la tarde, en cuya hora empezaba á declinar el sol y nos dejaba marchar, hasta las seis de la mañana del siguiente día; así, pues, á las cinco nos pusimos en camino, amarrados los camellos unos á otros, como dejó dicho, y siempre delante nuestro guía, que era incansable y no cesaba de decirnos que marchábamos poco y era necesario salir cuanto antes de la región de los remolinos, si no queríamos exponernos á un percance que él no podría evitar.

Aunque conocíamos sobradamente la razón que el guía tenía en sus observaciones, el cansancio, el sueño y la lan-

guidez que el calor proporciona eran más fuertes que nuestra voluntad, hasta el extremo de que algunas horas de marcha las pasábamos en un completo letargo, sin darnos cuenta de los accidentes del camino recorrido, y de cuyo letargo sólo nos despertaba el ruido que sobre la arena hacía alguno de nuestros compañeros al ser despedido del camello que montaba, y cuya caída sufrimos todos los de la caravana, excepto el guía.

El camino recorrido en esta noche está cubierto de dunas entre las que, y á grandes distancias, encontramos algunos trozos formados de arena gruesa, desprovistos de vegetación.

Á las seis de la mañana del día 26 echamos pie á tierra en una planicie cubierta de arena gruesa, para evitar en ella las trombas, y allí descansamos hasta las cinco de la tarde del mismo día, en que seguimos caminando.

Esta parte del desierto, que es conocida por los árabes por el nombre de *Okkar*, es en la que las montañas de arena son más elevadas que en las demás partes del desierto que dejamos á nuestra espalda, y entre las que se encuentra una cuyo nombre es *Erg-el-esel*, que jamás cambia de sitio, debido á que está formada por una elevación del terreno que impide su cambio de lugar, aunque está cubierta de arena fina como las que la rodean.

Pasamos por dicha montaña por ser una de las que sirven de jalones á los guías en la línea recta que trazan al atravesar el desierto y que solo ellos conocen; pues, para el viajero que por primera vez se interna en aquel laberinto, todas las montañas están formadas de la misma arena y las juzgan movibles á voluntad del viento; pero para el práctico no es así, sino que conoce las que cambian de lugar y las que sólo disminuyen algún tanto cuando la arena impalpable que las cubre es arrastrada de su dura superficie.

Sin accidente alguno durante el día 27, nos pusimos en marcha á las cinco de la tarde del mismo día, empezando á dejar á nuestra espalda la región de *Erg-shash*, y entramos en la de *Saffia*, cuyo suelo es completamente diferente de aquélla, pues aunque existe arena, no son las dunas que hasta allí habíamos recorrido, sino grandes losas de asperón,

viéndose alguna que otra mata de esparto raquíptico entre las uniones de ellas.

Pocos momentos hacía que caminábamos cuando empezó á soplar un viento Este, que al propio tiempo que nos abrasaba, nos mortificaba en la cara y en las manos con la arena que sobre ellas nos echaba, produciéndome la misma sensación que si fueran chispas de hierro candente, de las que no podía preservarme por más tapadas que llevaba una y otras.

Este viento, conocido por los naturales por *eshshum* y por nosotros con el nombre de *simoun*, nos estuvo molestando toda la noche, y sólo al amanecer, cuando se aproximaba el momento de nuestro descanso, cesó de soplar, disminuyendo el calor hasta el extremo de que, á medida que marchaba, me parecía que nos aproximábamos á la zona glacial, y nuestros pulmones se dilataban dejando de respirar aquella atmósfera de fuego.

Levantadas nuestras tiendas á las seis de la mañana del día 28 sobre enormes losas de asperón, tomamos la altura del terreno, que resultó ser de 213 pies sobre el nivel del mar.

Aunque estábamos fatigados en extremo á causa de la mala noche que habíamos pasado, la curiosidad fué más grande que el cansancio, y nos hizo recorrer los alrededores de nuestro campo para darnos cuenta de la formación del terreno, el que, como todo el que recorrimos la noche anterior, estaba formado de asperón, y entre sus grietas asomaba alguna que otra mata de esparto. No vi petrificaciones ni nada que llamara mi atención en todo el trayecto que recorrí; por lo que regresé al campo para almorzar y acostarme, teniendo que hacer el día noche y la noche día.

La situación en que nuestro campamento se encontraba era á unas doce millas del oasis conocido en todas las cartas geográficas con el nombre de *Taudenni*, y en el que se encuentran abundantes minas de sal.

Extrañándome que hubiéramos acampado á cuatro leguas del oasis, en el que creía podíamos descansar mejor que entre tanto asperón, y defendernos del calor que sin cesar nos molestaba, le pregunté al guía por qué causa no habíamos ido á dicho oasis, á lo que me respondió: «Ese oasis, aun-

que es sitio más cómodo que éste para descansar y para que nuestros camellos se repongan de la fatiga, debe ser inaccesible á toda pequeña caravana, porque los habitantes de él, que no respetan más que la fuerza, se apoderarían de ella y le robarían cuanto llevaran para venderlo á otra caravana más numerosa que no pudiera ser objeto de su rapiña; así que, aunque el oasis sea más cómodo que este sitio en que estamos acampados, yo prefiero la seguridad que aquí disfrutamos á la comodidad que allí no tendríamos, siendo tan pocos como somos, y no pudiendo hacer frente á los sesenta ú ochenta hombres armados que viven en él.»

Pesaroso de alejarme de aquel sitio sin conocer cuanto pudiera acerca de dicho oasis y de su población, y no pudiendo visitarlo por las razones que el guía me había expuesto, tuve que conformarme con el relato que aquél me hizo del mismo, y que es el siguiente: Este oasis, que sólo es llamado tal porque en él habitan constantemente algunas familias, no tiene vegetación ninguna, y aunque consta de una superficie de unos tres kilómetros cuadrados, está aprovechada con grandes estanques, en uno de los que, ó sea el principal, hay un nacimiento abundantísimo de agua salada del que se abastecen los demás para formar la sal que es vendida á los sudaneses. *Taudenni*, que desde tiempo inmemorial ha sido el depósito de sal del que se abastecía el Sudán, fué conquistado por el Sultán de Marruecos Mulay Hamed Eddahabi cuando fué con su expedición al Sudán, y puso un gobernador con su correspondiente guardia y gentes que se dedicaran á extraer la sal que, coagulada por la fuerza del sol de aquella latitud, toma la consistencia de la piedra.

De las gentes que quedaron allí por orden del *Dahbi*, existen hoy sus descendientes; y el jefe se titula *caid* ó gobernador por el Sultán de Marruecos, aunque nada tienen que ver con él.

Como el oasis no produce nada, tienen que abastecerse del Sudán de granos y de cuanto necesitan, en cambio de la sal que les proporcionan; pues un pedazo de ésta, de 40 kilos de peso, lo cambian por una medida de grano ya con-

venida, ó por otras cosas de las que presentan, sin que se sirvan de moneda en sus transacciones.

La población vive en unas veinte ó veinticinco casas de barro, que, más que casas, son covachas, pues no contienen más que una sola habitación de figura irregular, techada con palos de mimosas traídos del Sudán, y en cada una de ellas vive una familia.

En dicho día 28 sufrimos horriblemente por la sed que nos abrasaba y que no podíamos mitigar porque, habiendo evaporado el calor una tercera parte del agua que contenían nuestros odres, que habíamos recogido en *Erg-shash*, estábamos á una ración tan exigua que sólo bastaba para humedecer nuestra boca.

El sufrimiento que la sed nos ocasionaba no sólo nos impedía dormir durante el día, sino que las horas se nos hacían siglos, aguijoneados por el deseo de llegar al día siguiente al punto en el que el guía nos aseguraba habíamos de encontrar el agua apetecida que calmara la sed que á hombres y animales devoraba; así que á las cinco de la tarde estábamos todos prontos para emprender de nuevo nuestra marcha y llegar cuanto antes al fin de aquella jornada.

Salimos á dicha hora y atormentados por la sed, el calor y el cansancio, y continuamos nuestro camino por un terreno igual al de la noche anterior, llegando á los anhelados pozos en la madrugada del día 29.

Estos pozos, en número de ciento y de forma cuadrada, son perforaciones hechas en un terreno de asperón suficientemente compacto para no derrumbarse, y están cubiertos por losas de piedras de la misma clase y de forma cuadrada.

Según la tradición, fueron fabricados por el Sultán de Marruecos *Mulay Hamed Eddahabi*, para abastecer de agua al ejército que conducía al Sudán cuando se apoderó de la ciudad de Tinbuctú y sus comarcas.

Parece mentira que dicha expedición se llevara á cabo á través del desierto y que el éxito coronara la empresa de aquel osado Monarca, pero tan es así, que en todo el camino del Sahara se ven vestigios de su paso.

El sitio donde están fabricados los pozos es conocido con

el nombre de *Tlig*, y el agua que contienen es un poco parecida á la del mar, por lo que sólo la necesidad la hace bebible. Después de llenar nuestros odres y de saciar la sed, que tanto nos molestaba, salimos á inspeccionar los alrededores y tomar la altura del terreno. No bien habíamos caminado algunos pasos, cuando creímos ver algunas ruínas, que no eran otra cosa que acumulaciones de la misma piedra de asperón, que daban á lo lejos el aspecto de una derruida fortaleza; en estas piedras tomamos la altura del terreno, que fué de 148 pies sobre el nivel del mar.

No encontrando nada que llamara nuestra atención, montamos en nuestros camellos y seguimos marchando hasta retirarnos de los pozos lo suficiente para evitar el encuentro con otra caravana que, al vernos en corto número, pudiera atacarnos, no existiendo en el desierto más derecho ni más salvaguardia que el del más fuerte, por cuya razón nos dirigimos al sitio denominado *Neyat Tlig*, un poco separado de la línea que seguíamos, y en él acampamos á las ocho de la mañana del día 30.

En tanto que nos preparaban la comida, visitamos los alrededores, para observar si el terreno ofrecía algún vestigio del paso del ejército del *Dahbi*, y no vimos cosa alguna más que enormes asperones y en lontananza las dunas que rodeaban aquel sitio desprovisto de arena.

Como el calor no permitía que nuestras excursiones á pie fueron grandes, y nuestros cansados miembros apenas podían sostenernos, nos dimos por satisfechos con la que hicimos antes de almorzar y nos entregamos al sueño para recuperar las fuerzas que habíamos de necesitar en la siguiente jornada.

Á las cinco de la tarde seguimos marchando y, al poco tiempo, entramos en la región conocida por los árabes bajo el nombre de *Yuf*, ó sea vientre; lo que quiere significar que aquella es la parte más interior del desierto.

En esta región el terreno vuelve á cubrirse de enormes dunas que hacían más molesta nuestra marcha, y por entre las que seguimos hasta las seis de la mañana del día 31, en que hicimos alto.

Si hasta aquí nos han molestado el calor y la sed, de aquí en adelante nos han sido insoportables uno y otra, el calor, porque á la sombra nos marcaba el centígrado de 40 á 45 grados, y la sed, porque evaporándose el agua de nuestros odres, no quedaba en ellos otra cosa que sales que, en vez de amortiguarla, la estimulaban, haciéndose insoportable á nuestro paladar, por más que la mezclábamos con vino y la azucarábamos algún tanto.

El vino y el azúcar mezclado á aquel agua salitrosa formaban un brebaje imposible de tragar en cualquier otra circunstancia y que, á pesar de ello, temíamos que la evaporación del agua producida por el calor nos convirtiera en sal toda nuestra provisión, y la sed nos matara no teniendo medio de apagarla, ni aun con aquella incalificable bebida.

Al ver las privaciones que nos rodeaban, y que á cada momento crecían, el cansancio de nuestras cabalgaduras, el de la gente que nos acompañaba y el nuestro, considerábamos casi imposible salir con vida del desierto; pero, viniendo el guía en nuestro auxilio animándonos y presentándonos en perspectiva lugares cercanos en que reponernos, salimos de nuestra abstracción y aguijoneábamos á nuestros camellos para llegar pronto á la tierra prometida por él.

Hasta este día pasó desapercibido para mí el cambio que los camellos habían experimentado, no habiéndome acercado á ellos para cargarlos; pero que en ese día, al verlos sin las albardas, y que sus gibas habían desaparecido, no pudo menos de llamar mi atención que aquellos animales, que en tan buen estado habíamos comprado, y que sus jibas tanto nos incomodaban para montar, hubieran desaparecido, dejando su espinazo como el de un mulo.

Al recorrerlos todos para ver si de todos había desaparecido el promotorio que la naturaleza les había colocado en el lomo, se me acercó el guía y me preguntó: «¿Qué miras?» «Miro que las gibas de los camellos han desaparecido, sin que yo me explique el cómo ni el por qué.» Á lo que me dijo: «La giba del camello que atraviesa el desierto, que es mayor que la que tú has visto en los de Marruecos, es la que le sirve de alimento durante la marcha, cuando está rodeado

de grandes privaciones y no encuentra que comer sino, cada cinco ó seis días, un poco de mal esparto y si no fuera por eso, que le da una resistencia increíble á dicho animal, no serían posibles las travesías del desierto, ni las correrías que en él llevamos á cabo con suma frecuencia.» Sin más ropa que cubriera mi cuerpo que una camisa árabe, que es como la camisa de mujer, y echado en el suelo para ver si aspiraba un poco de fresco que me atrajera el sueño, pasé aquel día como en un baño de vapor.

Á las seis de la tarde, y provistos solamente del albornoz, seguimos nuestro viaje por el mencionado *Yuf*, subiendo y bajando dunas y haciendo de acróbatas en nuestras cabalgaduras para no ser despedidos de éstas á la bajada de las mismas.

Un incidente en extremo desagradable nos ocurrió en la madrugada del día 1.º de Junio, y fué la pérdida de *Hach Hassan*, que imprudentemente se separó de nosotros; su pérdida fué ocasionada por querer buscar un palo que se le cayó yendo dormido, y que, según nos había manifestado antes, tenía en grande estima; cuando se apercibió de la desaparición de dicho palo, le dijo al moro que arreaba á nuestros camellos que lo cogiera y se lo diese, y él le contestó que ni se detenía ni se separaba de los camellos á buscar palo alguno en la oscuridad que reinaba y con el viento tan fuerte que hacía, porque era sumamente comprometido el separarse sin que todos se detuvieran á esperar su regreso; así que no debía pensar en dicho palo, sino continuar en su cabalgadura.

Este cuerdo consejo no fué del agrado del *Hach Hassan*, ó le pareció exagerado, porque, sin que nosotros nos apercibiéramos, bajó de su camello, que era el último de nuestra pequeña caravana, y sin avisarnos ni tener en cuenta los prudentes consejos del que arreaba las bestias, salió corriendo en la dirección que le pareció.

Poco más de una hora hacía que el *Hach Hassan* había ido á buscar su palo, cuando, casualmente, volví la cara y vi que no iba montado en su camello. Al notar esta falta, creí se había bajado para continuar á pie, algun rato, al lado

de la caravana; mas para cercionarme lo llamé, y sólo me contestó el moro, que á pie marchaba arreando el último camello, «que había vuelto á buscar su palo que se le había caído.» Inmediatamente participé al Doctor y al guía lo ocurrido, temeroso de que aquel desgraciado no nos encontrara, porque el viento borraba nuestras huellas, y quedara abandonado en aquellos parajes, en los que su muerte era segura si no volvía á reunirse con nosotros.

Enterado el guía de lo ocurrido, ordenó hiciéramos alto, y que, llamándolo lo más fuertemente que pudiéramos, disparáramos nuestras carabinas á fin de que él acudiera al punto en que estábamos detenidos esperándolo; pero todo fué inútil: los gritos y los tiros se perdían en el espacio, y no se oía más que el viento que silbaba y nos cubría de arena, haciendo insostenible por mucho tiempo nuestra estancia en aquel paraje, que no queríamos abandonar sin que se incorporara á nosotros nuestro imprudente compañero.

Al ver el guía el riesgo que todos corríamos si nos deteníamos mucho en aquel sitio, porque el *simoun* que soplaba, y del que allí no podíamos defendernos, iba á sepultarnos en la arena, ordenó que marcháramos hasta que él encontrara, lo más cerca posible, sitio seguro contra aquel viento que nos envolvía, y allí esperar el regreso del extraviado ó volver á buscarle si el riesgo inminente del *simoun* pasaba; así que, cumpliendo su orden, continuamos nuestra interrumpida marcha hasta las seis de la mañana, en que llegamos á una gran explanada de arena gruesa que nos defendía del *simoun*, y en la que nos pusimos á dar voces y hacer disparos para atraer la atención del desgraciado *Hach Hassan*, si se encontraba cerca de nosotros y no había perdido nuestra dirección al ir á buscar su palo; mas todo fué inútil: nuestras voces y disparos se perdían en el silencio.

No conformándonos con los medios empleados para salvar á aquel hombre de una muerte cierta, le rogamos al guía que montara en su camello y saliera á buscarlo; pero nuestros ruegos fueron inútiles, y nuestros buenos deseos imposibles de realizar, ante la negativa terminante del guía, que nos dijo: «No iré á buscarlo, porque no tan sólo no lo en-

contraré, sino que me perderé yo y se perderán ustedes; pues ese hombre, con el *simoun* que tan fuerte ha soplado y sopla en el sitio donde bajó, estará sepultado en la arena, y es fácil que pase por junto de él y no observe vestigio alguno que me indique dónde se encuentra; y al propio tiempo, puedo cambiar involuntariamente la dirección de mi camino y no encontrar á ustedes, lo que sería la pérdida de todos, tanto más no teniendo ustedes agua hoy é ignorando dónde la habían de encontrar antes de mañana por la mañana, y sin agua no podemos marchar; así que juzgo lo más prudente hacer disparos de cuándo en cuándo durante el día para llamar la atención del *Hach Hassan*, aunque abrigo el convencimiento de que ha sido sepultado por el *simoun* y que no volveremos á verle.»

La respuesta del guía, poniéndonos de manifiesto la imposibilidad de recuperar á nuestro perdido compañero, aumentó nuestro disgusto y el malestar que sufríamos, no pudiendo resignarnos á abandonar aquellos parajes y dejar á la voluntad de Dios á aquel desgraciado, que en mala hora se separó de nosotros; y seguramente no hubiéramos levantado el campo durante algunos días si nuestra provisión de agua nos hubiera permitido detenernos sin comprometer la existencia de los demás por buscar ó esperar á aquel desgraciado ó imprudente.

Tristes y cabizbajos pasamos el resto del día, y sin poder conciliar el sueño ni tomar alimento alguno, pensando constantemente en aquel infeliz que esperaba la salvación de nosotros, como el que naufraga la espera de cualquier buque que al acaso pase por donde él se encuentra; no podíamos resignarnos á emprender de nuevo nuestra marcha á las cinco de la tarde del mismo día, si el guía no nos hubiera amenazado diciéndonos: «Si no me seguís, yo me voy; pues, si queréis perderos como el *Hach Hassan*, podéis perderos solos.»

Ante esta amenaza no tuvimos otra respuesta que obedecer ciegamente á aquel hombre, en cuyas manos estaban nuestras vidas, por más que nuestra voluntad era retroceder hasta encontrar al perdido.

Maquinalmente montamos en nuestros camellos y seguimos viajando sin darnos cuenta de lo que á nuestro alrededor pasaba, fijo nuestro pensamiento en la suerte que le esperaba al *Hach Hassan*; y por más que el guía, comprendiendo nuestro disgusto, nos decía que eso eran percances de viajar por el desierto, y que debía servirnos de ejemplo para no separarnos los unos de los otros, no podíamos avenirnos con sus reflexiones ni tranquilizar nuestro espíritu, seguros como estábamos de que á aquel hombre le esperaba una muerte cierta, si es que ya no había sido sepultado por la arena; y sólo salimos de la abstracción en que nos encontrábamos á la voz de alto dada por el guía para acampar, y cuya voz creímos fuera para anunciarnos que él había visto al *Hach Hassan*.

Rendidos de sed, de hambre y de cansancio, echamos pie á tierra en la mañana del día 2 de Junio, perdida por completo la esperanza de reunirnos con nuestro perdido compañero, y como el día anterior no habíamos comido ni dormido, sino sólo lo habíamos pasado haciendo señales para llamar la atención del *Hach Hassan*, no bien acabamos de almorzar se apoderó de nosotros un profundo sueño que no fué posible resistir ni aun por el que se quedaba de guardia para cuidar de los camellos y avisarnos á la menor señal de peligro.

Esto fué causa de que los camellos se alejaran de nuestro campo siguiendo la dirección del viento fresco que nos soplabá, y en la que ellos creían encontrar el agua de la que tanta necesidad tenían; pero afortunadamente para nosotros, observó la falta de los camellos el que á su cuidado estaba, y avisándonos, salimos presurosos á buscarlos, porque sin ellos, nuestro viaje y nuestras vidas hacían punto final en aquel sitio.

Fácilmente comprenderá el lector el susto que llevamos al salir de nuestras tiendas y ver que en medio de aquel océano de arena no teníamos medio de transporte para salir de él, y que, de no recuperar nuestros camellos, estábamos condenados á morir de hambre y sed, no pudiendo recorrer á pie la distancia que desde aquel punto había hasta

Arawan, en donde encontraríamos medios para terminar nuestro viaje; así que sin detenernos un segundo para darnos cuenta de nuestra situación, que comprendimos en el momento de salir de nuestras tiendas, sólo provistos de nuestras carabinas nos desplegamos en forma de guerrilla, y á toda prisa emprendimos la busca de los camellos siguiendo la dirección del viento, que á no dudar fué la que tomaron.

Después de una carrera de media hora, y bajo un sol abrasador, tuve la fortuna de ser el primero que encontró cuatro de los nueve camellos que llevábamos, que se habían detenido á comer un poco de esparto que habían encontrado á su paso, y que, á no ser por esto, creo hubiera sido imposible darles alcance.

Jamás he experimentado mayor alegría que cuando al subir una duna vi pastando en el fondo á los cuatro camellos que dejo mencionados; y fué tanta, que olvidé la señal convenida con mis compañeros para darles á conocer mi feliz hallazgo, sin pensar en otra cosa que abalanzarme á los animales, y después de sujetarlos para que no pudiesen escaparse, subí en uno de ellos y empecé el ascenso de la duna que vertiginosamente había descendido.

En lo alto de dicha duna, y cuando mi espíritu se tranquilizó un poco, considerando que nuestra salvación era segura con la posesión de los cuatro camellos, aunque nuestro viaje en adelante fuera penosísimo, oí el disparo que otro compañero hizo para llamar la atención de los demás y darles á conocer que había encontrado lo que buscaba.

Ese disparo me recordó que yo debí haberlo hecho igualmente en el momento que encontré los camellos, para que vinieran en mi auxilio á sujetarlos, sin exponerme á que emprendieran su fuga y de nuevo desaparecieran á mi vista; pero la alegría me dió fuerzas, haciéndome olvidar la señal, seguro de que no podían escapárseme los animales que á mi vista se encontraban.

Á la señal dada respondí con la misma, que inundó de alegría á los otros compañeros que no habían encontrado más que barrancos; y antes de que ellos pudieran reunírseme, emprendí mi regreso al campamento, seguido de mi preciosa

presa, encontrándome á poca distancia con los demás compañeros, que venían alegres y contentos, como los niños con el juguete que más desean, sin apercibirse del calor, del hambre, de la sed y del cansancio, que sólo empezaron á hacer sus efectos cuando nos encontramos á salvo en nuestro campo.

Después de haber dormido un poco, teniendo antes la precaución de amarrar perfectamente nuestros camellos para que no se escaparan, y sin preocuparnos del desgraciado que á nuestras espaldas quedó, porque el peligro que corrimos nos lo hizo olvidar, á las cinco de la tarde del día 2 seguimos nuestra marcha por medio de enormes dunas que forman verdaderos laberintos, hasta que al amanecer del día 3 llegamos al pozo llamado *Onan*, que es el único que existe entre *Taudenni* y *Arawan*.

Al llegar á dicho pozo ordené al criado *Sid Mohamed El-Hamri* que nos ayudara á levantar nuestras tiendas, visto que no pensaba en otra cosa sino en irse hacia el pozo y dejar que nosotros nos cuidáramos de lo demás, cuando el sol, que nos abrasaba, nos obligaba á terminar aquella faena lo más pronto posible, para tener un refugio contra sus rayos de fuego.

Mi orden fué contestada por el *Sid Mohamed* con una maldición que, aunque entre ellos es muy frecuente y en cualquier otra circunstancia no hubiera hecho caso de ella, en aquel momento y en aquel paraje, no podía dejar sin correctivo; por lo que me fuí á él con intención de castigarle duramente para que en lo sucesivo se abstuviera de cometer acto alguno que no fuera de su misión.

El Doctor, que cerca de mí estaba, al ver mi ademán, se me abalanzó para detenerme é impedir el castigo de aquel mal hablado, si era que la falta podía tolerarse; y enterado por mí, llamó al guía, que reconvino duramente á *Sid Mohamed*, y á mí me rogó que por Dios no promoviera cuestión alguna en aquel sitio, porque el agua del pozo iba á desaparecer, y nosotros á morir de sed.

Este ruego no me sorprendió, porque conozco las creencias y fanatismo de los musulmanes, pero me estimuló á que

el guía me explicara la causa de la desaparición del agua, y se lo hiciera presente á aquel pícaro que quería estar en la holganza cuando todos estábamos trabajando. Á este efecto le dijo el guía á Sid Mohamed: «Sin duda alguna tú ignoras la virtud de este lugar, cuando has dado motivo para que *Abdel-lah* (ese era mi nombre, como recordará el lector) te reprenda y trate de castigarte por tus malas palabras. Este sitio sagrado tiene la tradición siguiente: Hace muchos años que vivieron dos hermanos, el uno negociante que habitaba en *Tinbuctu*, y el otro religioso que se había retirado á *Taudenni* para dedicarse á la vida contemplativa. El primero vino á menos, llegando al extremo de verse perseguido por sus acreedores, que querían matarle antes que dejar de cobrar lo que les debía. En esta situación escribió al hermano para que le sacara de apuros enviándole alguna sal de la que allí se criaba, y con la cual pudiera hacer pago á sus muchos acreedores. Pasaron días y días sin que el hermano le contestara, y estrechado más y más por sus acreedores, para librarse de ellos, les contestó que al día siguiente pagaría á todos. No teniendo medio alguno de cumplir lo ofrecido y abandonado á la desesperación, se encerró en su cuarto y empezó á rogar á Dios le sacara de tan duro trance, y no bien había empezado sus ruegos, cuando oyó grandes golpes en una habitación inmediata á la en que él se encontraba, sin que pudiera explicarse la causa que los producía, y que sólo lo averiguó por la mañana cuando, estimulado por la curiosidad, se dirigió al cuarto en donde los había estado oyendo, ¡y cuál no sería su sorpresa al encontrarlo lleno de grandes planchas de sal y encima de ellas una carta dirigida á él por su hermano, en la que le decía «que él, sirviendo y adorando á Dios, había alcanzado en este mundo cuanto había querido, y que él, siendo comerciante y manejando bienes terrenales, no había podido alcanzar nada.»

Enterado del contenido de la carta, y poseedor de las riquezas que el hermano había colocado á su disposición por medios sobrenaturales, llamó á sus acreedores y les pagó cuanto les debía, sin que le sobrara pedazo alguno de sal.

Al ver este milagro, que por intercesión de su hermano había tenido lugar, tomó algunas provisiones y un odre lleno de agua y emprendió su camino hacia *Taudenni*, marchando sin novedad hasta *Arawan*, en donde volvió á llenar de agua el odre que llevaba, y siguió caminando hacia el punto en donde él creía encontrar á su hermano.

El pobre viajero se equivocó en el tiempo que podía durarle la provisión de agua, tanto que, al llegar á la mitad del camino, se encontró con que su odre estaba exhausto y no tenía agua de que llenarlo para poder mitigar su sed y continuar su viaje.

Ante el peligro de una muerte cierta, y cuya aproximación empezaba á sentir por los sufrimientos que la sed le causaba, se puso á orar pidiéndole á su hermano le sacara de aquel trance, como le había sacado de manos de sus acreedores; y abstraído en su invocación, y fatigado por el cansancio, se quedó dormido: durante el sueño se le apareció un anciano diciéndole: «No temas, ten confianza en Dios que él te ayudará; si tienes sed, él te la mitigará, y en prueba de ello, escarba junto al sitio en que estás echado, que Dios te dará fuerzas y te enviará quien te ayude hasta encontrar el líquido que te dará vida.»

Poco después despertó de su letargo y, siguiendo el consejo del viejo que se le había aparecido durante su sueño, empezó á hacer un pozo, y cuando iban faltándole las fuerzas, se le aparecieron varios ángeles que lo terminaron y le dieron el agua que con tanto fervor había pedido á Dios.»

Esta es la versión que de dicho pozo me hicieron, y á la que me guardé bien de contradecir por ser artículo de fe entre los árabes que nos acompañaban, si bien mi creencia es de que los árabes que habitaban en *Arawan* se vieron en la necesidad de fabricar aquel pozo para renovar sus provisiones de agua á su paso para *Taudenni*, y, por este medio, facilitarles sus relaciones con este punto, que es el que abastece de sal á todo el Sudán, pues sin dicho pozo sería sumamente difícil la travesía de uno á otro punto, á no llevar innumerables camellos cargados de agua para abastecerse en la marcha.

Antes de levantar nuestro campo, tomamos la altura del terreno, que resultó ser de 220 pies sobre el nivel del mar; altura que, con las anteriores, nos probaban evidentemente que, si el Sahara había sido un mar interno, alguna convulsión geológica lo había elevado, precipitando sus aguas al Océano ó Mediterráneo; pues de no ser así, no es posible que el Sahara haya sido un mar, como algunos creen y encuentran fácil inundarlo de nuevo, volviéndole á su primitivo ser, estando más alto que el nivel del mar todo el terreno que llevamos recorrido y el que recorrimos en adelante.

Acaso pudiera inundarse el Sahara por algunos puntos más al Este del que recorrimos; pero desde los 3° longitud Oeste hasta los 8° 30' de la misma longitud, y 17° 30' de latitud hasta los 27° 30' de la misma del meridiano de Greenwich, no lo creo posible, por no existir punto más bajo que el nivel del mar.

(Se continuará.)





EL CAFE Y SUS PROPIEDADES

Conclusión (1)

ACCIÓN DE TERAPÉUTICA

Si en las diferentes fases en que he dividido el estudio del café ha podido apreciar el lector las muchas controversias y discusiones que han tenido lugar entre los hombres encargados de investigar la verdad hasta llegar á un acuerdo definitivo, en la parte correspondiente á la terapéutica y acción curativa, no es donde menos se echan de ver las polémicas científicas. Y tantas han sido las opiniones emitidas, que habiendo alcanzado muchas la *fortuna* de no salir del núcleo de las amistades de sus autores, y siendo condenadas otras á morir en la infancia de su prestigio, se vería perplejo cualquier autor que intentase transcribir la mayoría de las aplicaciones terapéuticas de tal medicamento.

Así, pues, he de resignarme con mencionar las de más bulto, primero por la imposibilidad de hacerlo con todas, y segundo por la insignificancia en que van envueltas muchas de ellas.

Apenas pasó tiempo entre el descubrimiento del café y su

(1) Véase la pág. 396 de este tomo.

empleo en las enfermedades; antes que tomase extensión por el mundo, antes que sus propiedades fueran conocidas por completo, este medicamento fué empleado por las gentes. Cuando la ciencia lo tomó en sus manos, ya había hecho infinidad de prodigios, y tenía á su cargo muchas curaciones más ó menos ilusorias.

Próspero Alpino parece ser el primero que le usó en medicina para curar la disminorrea y desarreglos menstruales, porque se había observado que las mujeres egipcias y árabes habituadas á esta bebida sufrían de unas menstruaciones grandes. Este profesor prescribía, pues, con tal objeto el café, dando una taza de infusión bastante cargada y seguida de un largo paseo á pie. Del mismo modo pensaron en este asunto Spars-duch de Blegny y Gentil los cuales llegaron á prohibirlo en las embarazadas; tal era la idea que tenían de las propiedades emenagogas del café.

Esta sustancia se usó también en las hemorroides, pero con un éxito poco lisonjero, según opinión del autor que consiguió primeramente esta propiedad.

No sucede lo mismo con la tisis, la cloroanemia y los catarros broncopulmonares, cuyos padecimientos tenían antes su base de tratamiento en el café, pues médicos tan expertos como Audry Roques y Offret (de Nantes) mostraron una confianza grandísima cuando empleaban este producto en la cura de los citados males. El último inserta en una de sus obras las siguientes palabras:«en los casos de endeblez orgánica, sobre todo cuando va acompañada de catarro interno laringobronquial, he visto con el uso del café disminuir la tos y la afonía, mejorar la expectoración, y en una palabra, llegar á un completo restablecimiento del estado general que restablece por completo la normalidad funcional del organismo, particularmente la nerviosa.»

Otros médicos, entre ellos Boerhaave, Nux y Monin (de Grenoble), pretendieron que el café aliviaba los síntomas de las fiebres eruptivas, con particularidad de la varioloide; en estos casos lo daban á dosis fuertes. La dispepsia ha sido otra de las enfermedades en que se ha empleado con éxito, en razón de las propiedades digestivas, que fueron de las

primeras en conocerse. En las diarreas también se quiso que sirviera, y Grindel, desde que vió la curación de un hijo suyo, atacado de una gran exudación intestinal, por medio del café, dió este remedio con gran confianza en todos los casos de la misma índole que se le presentaron. Jaccoud cree en este efecto, el cual achaca al tanino que acompaña á la infusión que me ocupa. Cuando se usa como antidiarreico no debe pasarse de dosis pequeñas, porque las grandes surten distintos y opuestos efectos, pues son purgantes.

Las hidropesías y disurias se tratan también por este medio desde 1727, en que un médico holandés, Mr. Zwinger, ensayó la medicina cafeica. En 1830 registró el *Boletín de terapéutica* de París varios casos de curación, lo cual, unido á las impresiones halagüeñas que con tal tratamiento logró Dufour en su práctica, le hizo manifestar que la escasez de las hidropesías en los habitantes de Yemen es debida al mucho uso que del café hacen.

Ésta es una exageración muy parecida á la que comete Meffre cuando dice que el café cura todo caso de reumatismo agudo; algo, sin embargo, habrá de verdad en esto, puesto que vemos al mismo Jaccoud mostrarse muy crédulo cuando inserta aquel caso de un doctor amigo suyo, en el que se aliviaron mucho los dolores y entró en convalecencia tan sólo con el uso del café. La fiebre tifoidea no se cura, pero sí se alivia mucho, sobre todo en el primer período de ella (Martín Solón), y esto es fácil de comprenderlo por las razones que expuse al tratar de la acción fisiológica del café. En la obesidad se ha empleado y se emplea mucho todavía; de modo que en los cinco métodos que hoy se siguen para tratar este desarreglo nutritivo, y que llevan los nombres de sus autores (método de Doucel, de Banting, de Ebstein, Demuth y Ertel), se da en cada una de las comidas una taza de infusión de té ó café; casi siempre es el último.

Gueneau de Mussy quiere que dé resultados en el período algido del cólera, y esta opinión la basa en pocos casos, al contrario de Trousseau y Pidoux, que vieron en bastantes enfermos completarse la reacción cuando se daba al principio de ella. Gendrin usa este medicamento con éxito en las fie-

bres intermitentes. Hé aquí además los casos en que el café sirve de contraveneno: en la intoxicación por los narcóticos, especialmente por el opio y tabaco (Orfila), en las producidas por la digital (Buchardat), por la estricnina (Trifet), hongos, asfixia (Roquet), ácido cianhídrico (Orfila), alcohol (ídem), etc.

Empléase también en muchas afecciones crónicas, tales como la gota (Dufour), glucosuria (Buchardat), albuminuria (Honoré), litiasis úrica, asma (Murgave) y escorbuto (Trotte, Mollambrock, Ettnüller y Sarrey). En algunos afectos externos, principalmente la hernia estrangulada (Csernicki, Rouzier, Duroud) y la blenorragia, acerca de cuyo alivio han expuesto sus dudas Ricord, Culleir y Vidal de Casis, por creer que el café producía demasiada irritación; pero después algunos de estos médicos y otros lo han usado en semejantes casos. También se da en la convalecencia de afecciones graves.

Todos los destinos que se han dado al café en terapéutica no siempre han ido seguidos de un éxito suficiente para colocar este remedio en la lista de aquellos medicamentos que nunca borra el tiempo; así es que, como la mayoría de sus congéneres, ha tenido sus días de moda, en los cuales se ha levantando de un modo tan manifiesto que parecía aspirar al derecho del ser el rey de la medicina, y ha tenido también períodos de decadencia que le han llevado á ocupar el último lugar de los remedios, cuando no le han sumido en un olvido completo por parte de los hombres encargados de manejarlo. Hoy, que en el arte de curar, como en todos los conocimientos humanos, se miran las cosas con más juicio y han desaparecido los entusiasmos exagerados, el café tiene asignada una misión, habiéndose señalado para él una demarcación, un campo fijo, del cual es muy difícil que salga ni desaparezca. Las principales afecciones en que lo usa la terapéutica moderna son:

Las enfermedades cerebrales, particularmente de origen congestivo; la cefalalgia y la jaqueca, en cuyos tratamientos ha puesto la ciencia actual el sello de aprobación en el certificado que la antigüedad libró al café. Los anti-

guos dijeron: «Con el café se cura fácilmente todo dolor de cabeza, por muy rebelde que sea;» y aun cuando esto tiene el aspecto de una exageración, viene no obstante á ser aprobado por autores contemporáneos, tales como Trousseau y Pidoux. Por la misma razón que este remedio alivia las congestiones, está confirmado su empleo en la intoxicación por el opio y por el alcohol, en los estados apopléticos y hasta en los casos de hemorragias cerebrales, de las cuales dice Fousagrives: «Consideramos el uso cotidiano del café negro, particularmente después de la última hora del día, como un remedio profiláctico y curativo de importancia.» Quedó confirmada esta opinión en una Memoria que Petit de Chateau-Tierry publicó en 1860, y en la cual prescribía la dosis de 150 gramos repartidos en tres tazas de 200 granos de infusión.

El remedio que debe usarse en las congestiones cerebrales, envenenamientos por los narcóticos, etc., es el siguiente:

BEBIDA ANTINARCÓTICA

Van mous.

Café tostado.....	20	gramos.
Vinagre de vino.....	50	»
Azúcar.	10	»

Mézclese. Dosis: dos cucharadas calientes cada cuatro horas.

La cafeína no se da con tanta frecuencia en estos casos como el café puro; únicamente se administra en la jaqueca, para cuyo tratamiento puede darse con resultado la fórmula que pongo á continuación:

POLVOS CONTRA LA JAQUECA

Cafeína.....	1	gramo.
Sulfato de quinina.....	1	»
Acido tártrico.....	1	»
Azúcar.	60	»
Morfina.	0,05	»

Mézclese y divídase en seis papeles. Se toma un papel

por la mañana y otro por la noche en un vaso de agua ó en una taza de infusión de café.

Otra fórmula muy útil para la jaqueca:

Cafeína.	0,10 gramos.
Azúcar blanca.	0,50 »

Mézclese y envuélvase en un papel. Se toman tres papeles al día.

En las afecciones de corazón, el café se encuentra tan indicado como la digital, pues sus efectos sobre el aparato impulsor de la sangre se traducen siempre por una regularización del movimiento de este órgano, que hace prolongar por mucho tiempo el período inicial ó primitivo de las lesiones valvulares, impidiendo así la serie de trastornos circulatorios que son consiguientes al rompimiento del equilibrio del movimiento sanguíneo. Así que el café se encuentra no sólo admitido, sino preferido á los demás medios de tratamiento de las lesiones valvulares, por ser el medicamento más eficaz en el tratamiento de estas lesiones; puede figurar sin duda alguna á la cabeza de los tónicos del corazón.

Las razones fisiológicas que apoyan esta acción ya las tengo indicadas en el lugar oportuno, adonde recurrirá el lector si quiere recordarlas.

Dujardin Boumetz es seguramente el que ha contribuído en estos últimos tiempos á señalar al café un puesto digno en el tratamiento de las afecciones cardiacas; su opinión fué reforzada por Peter, Jaccoud, Gubler, Lepine y Huchard.

Quien primeramente habló del café en este sentido fué un médico holandés, al cual siguió otro desconocido, que en 1836 publicó en el *Bulletin de Thérapeutique* un notable artículo, que vino á enseñar teórica y prácticamente lo mucho que la terapéutica de las lesiones del centro circulatorio podía esperar del uso del café.

Á pesar de los esfuerzos de estos dos sabios, no se usó el café como tónico del corazón hasta después de los trabajos de Koschlakoff, quien desde luego supo romper la barrera de las preocupaciones y de la duda con que, no hace mucho, eran acogidas las novedades en medicina. Y se comprenden

estas dudas, porque teniendo en cuenta los efectos enteramente opuestos de la sustancia que me ocupa, los resultados producidos por dosis exageradas asustaban ciertamente al médico poco enterado de la acción del medicamento que ensayaba.

La infusión de café negro se usa hoy en las afecciones cardiacas sin miedo alguno, tomando una cantidad media que se repite varias veces al día. El café verde también se suele prescribir bajo la siguiente forma:

Dujardin.

Café verde.....	20 semillas.
Agua hirviendo.....	I taza.

Tírese el agua al poco tiempo, y échese luego igual cantidad para usarlo. Lo que más se acostumbra á dar en estos casos es la cafeína, á dosis medias que pueden llegar hasta dos gramos. Se puede administrar en píldoras, en poción y en inyecciones hipodérmicas.

Las píldoras, aun cuando muy usadas en la actualidad, no constituyen la forma farmacéutica más apropósito, por la dificultad de su digestión y los dolores que muchas veces provocan en los intestinos, dolores que se achacan á la acción irritante de la cafeína sobre las paredes de los órganos con quienes se pone en contacto; razón por la cual prácticos distinguidos rechazan en absoluto la administración de este medicamento en estado de pureza, tal como se encuentra en los sellos medicamentos.

Hé aquí una fórmula en donde entra la cafeína en forma pilular:

PÍLDORAS CARDIACAS

Huchard.

Benzoato de sosa.....	3 gramos.
Cafeína.....	3 »
Extracto de estigmas de maíz.....	3 »
Esencia de anís.....	3 gotas.

H. s. a. sesenta píldoras plateadas. Dosis: cuatro al día en el primer período de las afecciones cardiacas.

La cafeína se asocia por lo general al benzoato de sosa, no solamente por ser este medicamento un ayudante poderoso de su acción, sino también (sobre todo cuando se administra en forma de poción) porque así sus preparaciones son más estables, según ha demostrado Tanret.

Á continuación transcribo varias fórmulas que facilitan la administración del alcaloide del café:

1.ª—Dujardin.

Cafeína.....	0,75 á	1 gramo.
Benzoato de sosa.....		1 »
Agua de tilo.....		30 gramos.
Agua de lechuga.....		30 gramos.
Jarabe de las cinco raíces...		30 »

Mézclese.

Cada cucharada grande contiene próximamente 50 centigramos de cafeína.

2.ª—Gubler.

Jarabe de menta.....		30 gramos.
Agua de melisa.....		90 »
Cafeína.....	0,50	»

Mézclese.

Tómese á cucharadas en las veinticuatro horas.

DISOLUCIÓN DE CAFEÍNA

Dujardin.

Cafeína.....		7 gramos.
Benzoato de sosa.....		7 »
Agua.....		250 »

Cada cucharada de las de sopa de esta mezcla contendrá 0,50 gramos de cafeína.

JARABES DE CAFEÍNA

1.º—*Bouchardat.*

Cafeína.....	5	gramos.
Jarabe simple.....	120	»
Alcohol.....	S. C.	

Para tomar á cucharaditas.

2.º—*Huchard.*

Jarabe de frambuesa.....	250	gramos.
Cafeína.....	3,50	»
Benzoato de sosa.....	3,50	»

Mézclese.

Para tomar como el anterior.

INYECCIONES HIPODÉRMICAS DE CAFEÍNA

1.ª—*Huchard.*

Cafeína.....	4	gramos.
Agua.....	6	»
Salicilato de sosa.....	3,50	»

Disuélvase en caliente.

2.ª—*Tawvet.*

Agua.....	6	gramos.
Benzoato de sosa.....	3	»
Cafeína.....	2,50	»

Verifíquese la disolución con ayuda del calor.

Dosis: una á cuatro jeringuillas de Pravaz.

Entre los muchos medicamentos que se han propuesto para tratar la coqueluche se encuentra el café y su alcaloide, los cuales, aun cuando no poseen propiedades curativas, son altamente beneficiosos para moderar la tos y ayudar á reconstituir los organismos en donde esta enfermedad se presenta. Por lo general se emplea asociado á la belladona.

Hé aquí algunas fórmulas:

JARABE DE CAFÉ Y DE BELLADONA

Bourgeois.

Café tostado.....	30	gramos.
Hojas de belladona.....	30	»
Flor de amapola.....	10	»
Sumidades de hisopo.....	10	»
Raíz de valeriana.....	10	»

Se reduce todo á polvo y se lixivia con agua hirviendo hasta obtener 1.000 gramos de líquido, en el cual se disuelven 2.000 gramos de azúcar, y al jarabe, después de hecho según arte, se le incorporan seis gramos de láudano de Rousseau. Se administra en dosis de cuatro á seis cucharadas pequeñas al día, según la edad de los niños.

JARABE DE CAFÉ COMPUESTO

Delahaye.

Café tostado y molido.....	50	gramos.
Agua hirviendo.....	C. S.	

Para obtener por lixiviación 100 gramos de infuso, al que se añade:

Extracto alcohólico de belladona...	1	gramo.
Idem íd. de ipecacuana.....	1	»
Azúcar.....	200	gramos.

Disúelvase y fíltrese.

Dosis: de 5 á 40 gramos en cuatro ó cinco veces al día y más, según el efecto conseguido.

Durand, Guyot y Lamarre-Piquot recomiendan mucho el café en la oclusión intestinal, y dando razones que apoyan en multitud de casos prácticos, manifiestan que hay circunstancias en las que sólo este medicamento puede triunfar de los obstáculos que ofrece la curación de esta enfermedad. El efecto producido por este remedio se debe al aumento de las contracciones de los intestinos, efecto parecido al que

ocasiona la estriknina, la cual no se puede usar en todas las ocasiones por los malos resultados que acarrea. Empléase en estos casos bajo la siguiente forma, que es la que se prepara en los hospitales militares de Francia:

Café tostado..... 10 gramos.
 Agua hirviendo.....C. S. para 100 »

Infúndase diez minutos en vasija tapada, cuélese y añádase:

Jarabe simple..... 30 gramos.

Se administra á tazas. Además, esta infusión puede darse en el período ciánico del cólera, en la estrangulación de las hernias y en los envenenamientos por el óxido de carbono.

Una vez expuesta la mayoría de las enfermedades para las que el café se encuentra más ó menos indicado, y no queriendo dar más extensión á mi trabajo por no aumentar el martirio que seguramente habré ocasionado al lector durante el poco tiempo que haya empleado en pasar la vista por estos desaliñados renglones, voy á concluir dando á conocer algunas recetas usadas en afecciones ya mencionadas en los primeros párrafos de este capítulo. También me considero en el deber de indicar las combinaciones más principales que el alcaloide del café forma con otras sustancias terapéuticas y de transcribir sus fórmulas.

MIXTURA CONTRA EL CÓLERA.

Huchard.

Agua destilada..... 300 gramos.
 Benzoato de sosa..... 5 »
 Cafeína..... 5 »

Mézclese.

Dosis: de dos á cinco cucharadas al día.

POCIÓN FEBRÍFUGA

Café tostado..... 30 gramos.
 Agua..... 100 »

Infúndase, cuélese y añádase:

Zumo de limón..... 60 gramos.

Para tomar caliente y en ayunas.

TISANA DE CAFÉ

Bouchardat.

Café tostado..... 50 gramos.

Agua..... 500 »

Infúndase, cuélese y añádase:

Aguardiente..... 50 gramos.

Tómese en las veinticuatro horas.

TÓPICO DE CAFEÍNA

Sceds.

Alcohol rectificado..... 60 gramos.

Cafeína..... 1,70 »

Disuélvase á un calor suave.

VINO DE CAFEÍNA

Huchard.

Vino de Málaga..... 500 gramos.

Benzoato de sosa..... 2,50 »

Cafeína..... 2,50 »

Hágase según arte.

Las sales de cafeína más usadas en terapéutica son el citrato y el valerianato.

El primero (*citras caffeicus*) se obtiene disolviendo la cafeína en la menor cantidad posible de agua caliente acidulada con ácido cítrico, y dejando cristalizar por enfriamiento. Sus caracteres son:

Polvo blanco, inodoro, con gusto ácido y ligeramente amargo, soluble en diez partes de una mezcla de dos de cloroformo y una de alcohol rectificado. Con un poco de agua forma una solución clara de consistencia siruposa, que da un precipitado blanco de cafeína, soluble en doce partes más de agua. Las propiedades terapéuticas de esta sal son anti-espasmódicas, de uso especial en las cefaleas, habiéndose recomendado también como febrífuga. La dosis varía entre 0,10 á 0,60 centigramos. Puede emplearse de los modos siguientes:

ENEMA DE CITRATO DE CAFEÍNA

Hannon.

Citrato de cafeína.....	0,25	gramos.
Agua.....	400	»

Disuélvase.

JARABE DE CITRATO DE CAFEÍNA

Hannon.

Jarabe simple.....	120	gramos.
Alcohol.....	C. S.	
Citrato de cafeína.....	4	gramos.

Una ó dos cucharadas para combatir la jaqueca.

MIXTURA CONTRA LA JAQUECA

Citrato de cafeína.....	1	gramo.
Ácido tártrico.....	1	»
Azúcar blanca.....	10	gramos.
Sulfato de quinina.....	1,50	»
Idem de morfina.....	0,05	»

Mézclese y divídase en cinco papeles, para tomar por la mañana y por la tarde uno de ellos.

PÍLDORAS DE CITRATO DE CAFEÍNA

Hannon.

Extracto de grama.....	1	gramo.
Citrato de cafeína.....	0,50	gramos.

Háganse píldoras de cinco centigramos, para tomar una cada dos horas la víspera del acceso de la jaqueca, ó de hora en hora á partir de los primeros dolores.

POCIÓN CONTRA LA JAQUECA

Hannon.

Infusión de té..... 150 gramos.

Jarabe de citrato de cafeína..... 30 »

La mitad de la fórmula en las veinticuatro horas.

POCIÓN CONTRA LA JAQUECA

Agua de menta..... 90 gramos.

Agua de laurel cerezo..... 10 »

Jarabe de citrato de cafeína..... 30 »

Á cucharaditas de media en media hora. Cuando la hemicránea se repite periódicamente, deben ensayarse, para prevenir su repetición, las píldoras de sulfato de quinina, administradas dos ó tres días antes del acceso.

POLVOS ANTINEURÁLGICOS

1.º—Bamberger.

Azúcar blanca..... 5 gramos.

Sulfato de quinina..... 0,50 »

Citrato de cafeína..... 0,50 »

Divídase en seis papeles, de los que se tomarán cuatro al día.

2.º—Van den Corput.

Azúcar blanca.... 30 gramos.

Citrato de cafeína..... 0,80 »

Para hacer diez papeles.

El valerianato de cafeína (*Valerianas coffeicus*) se obtiene de modo idéntico al citrato, sólo que en vez de acidular con el ácido cítrico el agua de disolución de la cafeína, se pone

en ella el ácido valeriánico. Esta sal tiene el mismo olor que el ácido valeriánico, y se presenta en forma de polvo blanco, insoluble en el agua y bastante soluble en el alcohol. Se usa en el histerismo y en la hemicránea, siendo sus dosis muy parecidas á las de la sal anterior, pues puede administrarse de una vez de 20 á 50 centigramos. Fórmulas principales:

CÁPSULAS CONTRA LAS CEFALALGIAS ANÉMICAS
Y ANGIOTÓNICAS

Valerianato de cafeína.....	1	gramo.
Crotón cloral.....	2	»

Para cuatro cápsulas amiláceas, de las que se tomarán dos al día.

POCIÓN DE VALERIANATO DE CAFEÍNA

Pulido.

Valerianato de cafeína.....	1	gramo.
Agua de canela.....	120	»
Jarabe de corteza de cidra.....	45	»

Mézclese s. a. para tomar á cucharadas grandes.

JARABE DE VALERIANATO DE CAFEÍNA

Alcohol de 60°.....	20	gramos.
Jarabe de café.....	250	»
Valerianato de cafeína.....	1,50	»

Puede darse este jarabe á la dosis de dos ó tres cucharaditas, según la edad.

POLVOS DE VALERIANATO DE CAFEÍNA

Cadet.

Azúcar... ..	4	gramos.
Valerianato de cafeína.....	0,40	»

Háganse veinticuatro papeles. Pueden tomarse dos ó tres diarios, según la edad de los niños, para combatir la coqueluche (I).

DR. GONZÁLEZ DEL VALLE.

(I) La mayoría de estas fórmulas está tomada de la obra recientemente publicada por la Biblioteca de *El Siglo Médico*, titulada *Farmacopea.—Formulario universal*.





REVISTA DE TEATROS

EL deseo de saludar á nuestros lectores nos impone el grato deber de anticipar algunas frases respecto al año cómico, que ha dado comienzo por el Teatro Lara, al que seguirán en breve plazo los demás, cuyas listas de compañía anuncian un laudable afán de complacer al público que, abandonando los Jardines, los teatros de verano y los circos ecuestres, se retira á los cuarteles de invierno, no sabemos si con el firme propósito de contribuir con su recto é inexorable fallo al enaltecimiento de nuestra literatura dramática, íntimamente enlazada con el histórico arte de la declamación, ó de contribuir con su incalificable indiferencia al total descrédito y sensible prostración á que la una y el otro se ven reducidos, de algunos años á esta parte, á vista, ciencia y paciencia de los pocos aficionados que aún quedan de nuestras glorias dramáticas, oscurecidas por el prurito siempre censurable de sacar al teatro de su peculiar esfera, transformándole en una especie de oficio gimnástico y exhibitorio de formas, que ha dado al traste con su indiscutible seriedad y su reconocida importancia.

En vano sería, y si se quiere ocioso, recordar á nuestros lectores y al público en general el origen de nues-

tro teatro, y el cómo, de las bacanales de Grecia, se impuso en las naciones civilizadas como reconocida síntesis de las costumbres, de la inteligencia, de la ilustración y del saber, acogiendo dentro de su ámbito á los hombres que por su preclaro ingenio, indudable talento y asombrosa erudición dedicaron sus esfuerzos á elevarle á tal altura que las ciencias, las armas, la toga y la cogulla dejaron esculpido su nombre íntimamente unido á los timbres más esclarecidos de la nobleza, á los más portentosos hechos de armas, á los discursos más sobresalientes del foro y á las más expresivas manifestaciones de la vida sacerdotal y monástica.

Inútil sería, repetimos, emprender un trabajo que, más que de inteligencia, habría de ser de erudición y estudio, y lejos de dar ancho campo, se asemejaría al del tintorero que, á fuerza de ingredientes heterogéneos, produce colores que admiran y encantan sin que la inteligencia ponga de su parte lo que el inventor puso de la suya para producir tan admirables efectos, y además, nada nuevo diríamos, y no probaríamos otra cosa que lo que hasta la saciedad hemos tratado de probar en otras ocasiones, cual es la crisis lastimosa por la que atraviesa nuestro teatro, que, asemejándose mucho á la política, se hace palpable que sólo puede resolverse, á nuestro juicio, por el esfuerzo patriótico de todos los que guardan en su alma restos de ese amor á las glorias nacionales y á los intereses más preciados de nuestro tan grande como desgraciado país.

Si hemos de dar oídos á los ecos de la opinión, los auspicios bajo los que se inicia la temporada, cuyos comienzos estamos presenciando, no pueden ser mejores. Todas las empresas, en especial las de los teatros por secciones, aseguran, y hasta tratan de demostrarlo por los cuadros de compañía que presentan, que van á seguir un camino diametralmente opuesto al seguido hasta ahora, y propalan sin reticencias ni mixtificaciones que han dado un eterno adiós á ese género libre que han cultivado con éxito hasta ahora. Si esto es cierto, y no

una promesa vana, el teatro está de enhorabuena, y en nuestro concepto lo está de veras, porque es sabido hasta la evidencia que para seguir el camino que se proponen han de tener el impulso del desengaño; esto es, el convencimiento de que la senda que hasta ahora han venido siguiendo, de llana y florida, se ha transformado en estéril y escabrosa, y como el negocio es el alma de las empresas, el cambio de sistema, más que al amor al arte, puede ser debido al interés natural y lógico de todo aquel que expone un capital con esperanzas de éxito.

Medios hay de realizar estos propósitos, porque la literatura no está reñida con el género cómico, y lo prueban el bellissimo sainete de Ricardo Vega titulado *A casarse tocan ó la misa á grande orquesta* y *Las hijas del Zebedeo*, en las que se observa que esta opinión es una verdad; y sobre esto vamos á extendernos un momento, bajo el pretexto de examinar las compañías dramáticas que van á actuar en nuestros teatros.

Empezando por los de Eslava, Apolo y la Alhambra, el primero, á juzgar por los artistas que en él figuran, entre los cuales se cuentan los Sres. Vallés y Sigler, y como director artístico el Sr. Liern, parece que está decidido á olvidar sus pasados derroteros y caminar por los que exigen la cultura y la moralidad, que en vez de estar reñida la encontramos íntimamente enlazada con el arte, pudiendo servir de poderosos auxiliares á este fin la Srta. Montes y la Sra. Baeza, y los Sres. Ruiz y Alba, que en no lejanos tiempos han figurado, como los anteriores, en compañías serias y desempeñado papeles de verdadera importancia, dentro de sus facultades artísticas, que nosotros nos complacemos en reconocer.

Apolo y la Alhambra, sobre todo el primero, cuentan con actrices como la Sra. Campos y la Srta. Torres, y actores como Cepillo, Valero y Ripoll, que pueden dar al espectáculo otro carácter distinto, más en consonancia con lo que el arte y la literatura exigen, sacándolos de la postración lamentable en que los hemos visto no há mucho en el mismo teatro, si ayuda como debe y

sabe el Sr. Morales, director de la compañía, que en tal concepto y sólo en este terreno vale hoy mucho.

No se encuentra en el mismo caso de los anteriores el de la Alhambra, cuyo cuadro de compañía no reúne, á nuestro entender, las condiciones necesarias para cambiar, si bien sea paulatinamente, la faz del teatro moderno, por más que la emulación puede hacer mucho, así como la Srta. Cisneros y los Sres Carreras y Fuentes, que estuvieron á muy buena altura en las piezas cómico-líricas *Chateau Margaux*, *Boulangier* y *Niña Pancha*, con las que han inaugurado la temporada actual.

Lara, que fué el primero que abrió sus puertas, y que ha sustituido al Sr. Tamayo por el Sr. Rosell, cuenta con elementos más que sobrados para salir airoso del compromiso y de la obligación patriótica que de sostener la defensa del arte dramático español se ha impuesto, y que no está dispuesto á cumplir, á juzgar por el poco acierto que en la elección de obras ha tenido, en las que no campea mucho ni la moralidad ni la cultura, y así lo expresa el primer estreno verificado, de cuyo nombre y de cuyos autores no queremos acordarnos.

La compañía es la misma, y aunque gastada, puede hacer mucho si quiere y la empresa tiene menos amor al negocio y más afición al arte.

Los teatros de primer orden han prestado también su concurso á la realización de un pensamiento que abrigamos todos, por el cual vienen clamando la opinión en general y la prensa, que es su eco natural y genuino, y aun cuando no ha faltado quien desconfiara de los propósitos que abrigan los teatros Español y de la Comedia, á juzgar por las compañías que respectivamente han de actuar en el uno y en el otro, combinándose en el primero el género dramático con el cómico, á cuyo fin se ha aumentado el cuadro de actores que figuró el año anterior con la reputada Srta. Gorriz y Julián Romea, dignamente auxiliados por D.^a Rosario Sánchez y Mariano Fernández; y el segundo, reduciéndose al gé-

nero cómico, como lo prueba la desaparición de Mata y la vuelta del Sr. Rosell.

Esto, que algunos juzgaban como palmario inconveniente á la realización del bello ideal por todos deseado, es, á nuestro juicio, un móvil valioso para llevarlo á efecto, una vez que es creencia general la de que las transiciones violentas no siempre, ó por mejor decir nunca, dan el resultado apetecido, y las suaves y paulatinas conducen siempre al objeto á cuya realización se aspira; y si no, la historia de nuestro teatro lo demuestra cuando presenta á Lope de Vega, Moratín y Bretón como regeneradores del teatro en las tres épocas características en que aquél atravesaba por unas circunstancias tan críticas como las actuales; y si estas razones no fueran suficientes, ha de serlo la de que las costumbres no se transforman de repente, y siendo la del público asistir á las manifestaciones de un género que, por ser exageradamente cómico, raya en lo bufo y traspasa los límites de lo obsceno, ha de iniciarse el cambio en los mismos moldes, pero con distintas consecuencias, y así poco á poco llegaremos á la consecución del ideal á que se aspira.

Dos tendencias diametralmente opuestas luchan en esta materia: la una sostiene que el teatro nada enseña y que en él nada se aprende, y la otra insiste en lo contrario. Nosotros, que no pretendemos ni hemos pretendido nunca echarla de doctos, como se dice vulgarmente, y que al criticar las obras ajenas no llevamos el veneno en la pluma ni el orgullo en el alma, y no nos ciega la pueril vanidad ni nos guía el ensañamiento ni el vicio que produce la envidia, enseña lastimosa de poquedad, y no bandera de elevadas miras ni de grandes ingenios, respetando las opiniones contrarias, profesamos la de que si el teatro no enseña ni en él se aprende, es porque no se quiere ni enseñar ni aprender; y una diversión culta, á la que se han dedicado grandes hombres en el saber y en la ciencia, no se concibe que los que á cultivarla se dedican atesoren conocimientos, estudien con

fe todos los ramos del saber humano y trabajen sin descanso sólo por hacer pasar unas horas de solaz á un público que, si no se fija en aquello que ve, es porque no le interesa; pero que si esto sucede, se imprime en su imaginación, se desarrolla en su inteligencia, y la reflexión engendra el juicio, y para juzgar es esencial saber lo que se juzga, y esto se aprende juzgando una y otra vez y empleando los materiales del juicio, digámoslo así, que son efecto del estudio y de la meditación que cualquier obra humana engendra por sí sola; de aquí que sea un axioma irrefutable que la prostitución de las artes ha sido siempre la causa de la de los pueblos, lo que prueba que en artes se enseña y se aprende.

Ahora, si el escritor ha de carecer de las dotes necesarias para cumplir su delicada misión, entonces el teatro se convertirá en lo que hoy se ha convertido, y los que merecieron el nombre de maestros fueron seres que sólo consiguieron entretener, pasando á la posteridad sin otro mérito, sin otra grandeza que la que adquieren los que tienen la triste misión de entretener con más ó menos decoro y más ó menos cultura.

Esto no puede ser así, la razón se niega á comprenderlo: desde Sófocles á Tamayo hay un río copioso que vierte raudales de ciencia y de saber. Desgraciado el que sabe y no enseña, y más desgraciado aún el que le enseñan y no aprende, contemplando la riqueza del diálogo, la belleza de las ideas, la sublimidad de los pensamientos, la galanura de la frase, la ternura de los afectos, la impetuosidad y la grandiosidad de las pasiones y la hediondez de los vicios, como los seres sin libertad ni inteligencia, que contemplan el sol y se desvían impasibles sin admirar su maravillosa grandeza.

RAMIRO.



CRÓNICA POLÍTICA

Doco movimiento político suele advertirse durante este período del año, en que nuestras costumbres promueven emigraciones temporales, expediciones sin número, y los jefes de los partidos suelen diseminarse por establecimientos balnearios de renombre, ó por las playas del mar en moda. Así, la política disfruta también de vacaciones que sólo vienen á perturbar acaso consecuencias inevitables de hechos anteriores ó incidentes imprevistos que surgen, sin embargo, con lógica de premisas ya sentadas.

Han dado hoy que hablar, por ejemplo, las elecciones generales de Francia y nuestras singulares cuestiones con Marruecos.

Las elecciones generales en la nación vecina se habían dispuesto hábilmente para este mes, á fin de que el brillo y los triunfos de una Exposición universal viniesen á deslumbrar á las gentes y recayesen sobre el Gobierno esos aplausos y esos votos que solícitamente buscaba con efectos teatrales, ya que veía difícil conciliar voluntades con su conducta y su representación políticas. Los lamentables hechos de Marruecos forman el corolario fatal de incomprensibles olvidos, de inactividades ó de indiferencias punibles, y sobre todo, de esas tradicionales tolerancias que favorecen de con-

tinuo y de un modo inmoral las tendencias fusionistas hacia el utilitarismo individual ó privado.

No pueden tales verdades desconocerse.

*
* *

El resultado de las elecciones en Francia ha sido el que todas las personas imparciales preveyeron, predecían y esperaban. Desde el Conde de París á Rochefort, todos los hombres de la oposición querían una Cámara revisionista; sólo Ferry y el oportunismo, sólo Tirard y el Gobierno combatían la revisión encarnizadamente; pero el gran oportunista no ha encontrado siquiera un distrito que le votase, y la revisión ha triunfado; la revisión constitucional no podrá menos de ser muy pronto un hecho, y el país tendrá al fin la Cámara constituyente que todos los monárquicos y muchos republicanos desean. Ésta es la verdad incuestionable; ésta es la verdad que no puede ocultarse, sea cual fuere el porvenir que el patriotismo ó las pasiones soliciten.

Digan lo que quieran las agencias en sus telegramas officiosos, háganse ó no subdivisiones y distingos en las estadísticas del sufragio, siempre aparece que la actual Constitución francesa está generalmente condenada. Las instituciones que una Cámara declaró, con mal acuerdo, indiscutibles, han de ponerse á votación de nuevo, y la inestabilidad y las fluctuaciones siguen aún en perspectiva. ¿Es un bien? ¿Será un mal? Todos los pronósticos pueden ser aventurados acerca de lo que sucederá el día de mañana.

Inútil ha sido que el llamado Ministerio de la paz se convirtiese en Ministerio de fuerza; inútiles resultan los políticos viajes y las activas debilidades de Mr. Carnot; inútiles todas las implacables persecuciones contra personas y partidos. La fracción que domina quiso también explotar en exclusivo provecho suyo la Exposición universal; y hasta este gran pensamiento queda inutilizado, políticamente hablando, por el sentido práctico de los franceses, que, convirtiendo el certamen en cuestión nacional, han hecho que el mérito no fuese exclusivo de una bandería y recayese en honor de todos. Así

la manifestación es mucho más alta, mucho más noble, y queda desvirtuado y casi en eclipse el pretendido centenario de la Revolución francesa. Hasta los Príncipes de Europa y los monárquicos pueden visitar el certamen como simples particulares, sin llevar su representación oficial al vestíbulo del palacio del Elíseo.



En España habrían sido los meses de verano una temporada en extremo placentera para el Gabinete fusionista, tan temeroso de interpelaciones y ruidos parlamentarios, sin las graves ocurrencias de las costas del Riff, que le han sorprendido en medio de sus distracciones y placeres.

La noticia de que la bandera española había sido ferozmente insultada y escarnecida por salvajes individuos de una tribu rifeña fué bastante para poner en conmoción todas las fibras patrióticas que existirán siempre en la patria de Pelayo. La prensa y los partidos olvidaron en general sus luchas para ponerse al lado de los que solamente escuchaban las inspiraciones del orgullo nacional y del honor ultrajados. Así era necesario que sucediese, porque el verdadero patriotismo español no mira distancias, no aprecia dificultades, no calcula fuerzas, no discurre con la frialdad de otros pueblos. Y esto mismo ha puesto más en evidencia á los pocos defensores de los marroquíes, defensores que se empeñaron en apagar con agua fría los más espontáneos arranques de amor patrio.

Da mucha luz lo sucedido. Á imitación de Luis XIV, que decía: «El Estado soy yo,» hay periodista que repite: «La opinión pública soy yo,» y se equivoca. Puede crearse, en momentos dados, una opinión pública ficticia; pero la verdadera opinión pública está siempre muy por encima de todas las miserias y de los intereses particulares y aun de bandería, y no atropella á eminencias, ni arroja lodo á las damas, ni rompe cristales, ni arrastra por el suelo banderas amigas.

Hace poco tiempo unos tiros disparados con perfecto derecho en las aguas de Port Bout contra una embarcación tripulada por franceses levantó en París una gritería inmen-

sa. No sabemos de ningún periódico francés que defendiese entonces á los españoles ni reconociese siquiera el derecho que nos asistía.

Nosotros somos mucho más francos y cosmopolitas, y existen entre nosotros españoles que han declarado que los tripulantes de un laúd de Málaga han sido apresados legítimamente por los rifeños. Ahora sí que podrá decirse con más razón que nunca: ¡Cosas de España!

*
* *

Felizmente tenemos ya buenas noticias, á juzgar por el siguiente despacho de nuestro Ministro en Tánger:

«He recibido una nota del Ministro de Negocios extranjeros, en la que me dice que, puestas en conocimiento del Sultán mis tres reclamaciones relativas á Agadir, Casa Blanca y Alhucemas, S. M. contesta, respecto al barco detenido en Agadir, que está dispuesto á castigar al Gobernador y pagar la indemnización conveniente, conforme á justicia y equidad.

Respecto al barco apresado en Alhucemas, que ha dado orden terminante para que los tripulantes y pasajeros apresados sean entregados á las autoridades del Peñón ó Alhucemas; que si resultase el apresamiento hecho sin causa justificada, las kábilas serían castigadas y satisfaría la indemnización; pero que, en el caso de haber sido apresado por causa contraria, espera que el Gobierno español impondrá los debidos castigos para escarmiento de otros contrabandistas. En cuanto al asesino de Casablanca, será muerto; pero el Gobierno español debe confiar en que el Sultán hará cuanto pueda para obtener del Gobierno inglés entrega del español que asesinó á un moro en Tánger, y aplicará al aprehendido todo el rigor de la ley; y si no le fuese entregado, rogará á la Reina de España que haga un acto de misericordia, llevada de sus notorios sentimiento caritativos, á favor de la familia del moro asesinado. En vista de esta respuesta, he creído debía solicitar audiencia para presentar credenciales.—*Figuera.*»

Nada se nos dice de las satisfacciones debidas por el agra-

vio inferido á nuestra bandera, pero es de suponer que se otorgarán cuando el Sultán ó sus autoridades respondan á la reclamación.

Dícese, además, que un moro de los que el *Sevilla* traía de África y que, como otros compatriotas suyos, no se ha atrevido á desembarcar en Málaga en estos momentos, aseguró á un periodista que fué á bordo que el Sultán «hallábase decidido y deseoso de castigar á las kábilas que apresaron á los malagueños.» En la misma ciudad se da por cosa segura que el crucero *Navarra* ha salido airoso de su empresa, y que no tardarán en llegar á la misma Málaga los prisioneros. Para rescatar á éstos, según informes de un vapor correo francés que llegó ayer á dicho puerto, se habían reunido los moros influyentes de Melilla y Chafarinas, y habían entrado en negociaciones con los rifeños, que pedían 10.000 duros. Suponemos que la llegada de los emisarios del Emperador en el *Navarra* habrá hecho inútiles tales negociaciones.

Á pesar de todo, se nos antoja sospechar, y otro día trataremos de ser más explícitos, que en todos esos recientes viajes imperiales y manejos internacionales ha existido y existe una mano oculta que no es muy difícil señalar.

*
* *

Otro dato para la política interior.

Hé aquí los párrafos más salientes del texto de una carta escrita ahora por el Sr. Romero Robledo al Sr. Sagasta:

«Acechaba que la casualidad nos deparase una ocasión de hablar familiarmente y de recordar nuestras amarguras del año 1872, porque los sufrimientos pasados tributan con el recuerdo algún solaz á la dicha del presente, que para usted es tan redonda y tan completa.

En aquel año, que nunca olvidaré, era usted blanco de persecuciones. Era yo uno de la pequeña escolta que la fidelidad daba á sus desgracias.

Habíamos servido noblemente á la dinastía á la sazón reinante, y atentado ó comedia—aún no he podido formar

juicio exacto sobre el suceso de la calle del Arenal,—indignación verdadera ó fingida de las turbas ministeriales, alguien vertió la calumnia en el oído de aquellos monárquicos, y el nombre honrado de usted fué mancillado, y la opinión, infamemente engañada, le acusó de autor del atentado.

Recuerde usted, amigo mio, cómo las noticias de Madrid, las injurias y la calumnia turbaban el apacible reposo de nuestra residencia en el Pirineo, lejos del tumulto de las pasiones, consumidos por la ira que despierta la injusticia, y sin embargo, queriendo á la patria y lamentando su suerte.

¡Qué enseñanzas encierra la experiencia! ¡Cómo ha sabido usted leer en el libro del destino, mientras que, tonto ó distraído, pasé sin advertir, miré sin ver!

Hoy, aunque atenuada por la solidez de instituciones más estables, ¡de cuán diversa manera se reproduce la historia!

Usted supo escurrir el bulto, capear el temporal y abrir la vela al viento favorable. Me estacioné donde estuve en su compañía, y ahora, en algo que también se relaciona con el Monarca, usted es acusador y yo acusado; la turba corea á usted con aplausos, y contra mí vomita injurias. Es verdad que usted y yo igualmente lo despreciamos, porque estamos en el secreto de sus groseras inventivas y de sus estólicas alabanzas.

Alguien, no menos infame que sus detractores de aquella época, habló de ser posibles injuriosas interpretaciones de mi *cuento*: la especie cundió, y á usted le solazaron. La política no tiene entrañas.

.....

Ya que va usted á Madrid, consulte con algunos amigos sobre la ventaja de semejante proceder. Y aun hará bien en recomendar que le busquen y coleccionen algunos retazos de su historia, porque al discutirse en el Congreso el suplicatorio, hemos de entrar forzosamente en las comparaciones.

Yo construí un cuento, que, como dice este nombre, es fantasía. Si hubiera narrado hechos acaecidos, le hubiese llamado historia. Le ajusté á las reglas de la verosimilitud racional, sin las cuales los frutos de la imaginación resultarían inconexos disparates y deformidades literarias.

¿Es mía la culpa si, más ó menos ajustada á medida, resultó que podía servir á usted la ropa del administrador de mi historieta?

En todo caso culpe usted á los que se empeñaron en probarla. Pero á mí, inocente, ¿por qué me han de reconvenir? Y mucho menos, porque á usted se le sienten las costuras, ¿hay motivo para atribuirme que he molestado ú ofendido á S. M. la Reina Regente?

En fin, lo que sea, sonará. Usted me enseñó á ampararme de la inmunidad parlamentaria, declarándose autor de un artículo de *La Iberia*, me parece que poco respetuoso para D. Alfonso XII, y ya ve usted que no me dió en balde el ejemplo.

.....

Puesto que el país le tolera el papel de Presidente del Consejo irresponsable que usted se ha atribuído, puesto que usted acostumbra á romper los vidrios y hacer que los paguen sus Ministros, no le costaría trabajo repetir una vez más esta ya popular suerte.

Eche usted sobre sus Ministros las responsabilidades de la funesta política seguida hasta el día; ponga á su cuenta la miseria pública, el decrecimiento de las rentas, la emigración y la inmoralidad.

El que la hizo, que la pague. ¿Para qué va usted á Madrid á echar la capa en la cuestión del Ayuntamiento sobre los hombros de nadie?

Quédese usted aquí, si desde esta hermosa residencia puede contener los fieros de sus Ministros, que, publicando preparativos amenazadores, impiden quizá negociaciones convenientes y arriesgan meternos en Marruecos en una complicación grave.

Deje usted esa política pequeñuela, de intriga y de cabildeo. Abra usted la puerta de par en par; domine usted sus pasiones; no confunda la oposición á su Gobierno con desvíos ni ataques á la Monarquía; sea tolerante con sus adversarios; crea en la lealtad de los mismos para las instituciones, y haciendo una política noble y levantada, toda en bien del país y del Rey, conquistará apoyos más importantes que

esos que, blasonando hostilidad irreconciliable con lo fundamental, son sospechosos ante la buena fe, y censurables ante la hidalguía castellana. Del enemigo el consejo.»

Ni la carta necesita comentarios, ni mucho menos la política fusionista, que al fin ha traído de San Sebastián al señor Sagasta, metido en ese insoportable *gachis* que llaman algunos cuestión municipal, y de una manera bastante más gráfica los maliciosos.

A.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

Cours pratique d'enseignement manuel, por J. DES-FORGES, Profesor de trabajos manuales de la Escuela industrial de Versailles, etc.—París, Gauthier-Villars é hijos, 1889.—En 4.º mayor apaisado, 76 láminas y texto explicativo. Precio: 5 pesetas.

Este libro es particularmente útil para los alumnos de las Escuelas de Artes y Oficios, Ingenieros industriales, empleados en los arsenales, etc. Los ejercicios que comprende están agrupados en cinco partes, á las que el autor denomina, respectivamente, *Ajustage, Forge, Fonderie, Chaudronnerie y Menuiserie*. Dedicado de antiguo el Sr. Desforges á la enseñanza de esta interesante rama del saber humano, su libro es de carácter esencialmente práctico y las explicaciones claras y sobrias. Importando tanto en este libro que los dibujos estén hechos con exactitud, no hay que decir si los Sres. Gauthier-Villars é hijos se habrán afanado por que formen aquéllos un verdadero álbum de verdad científica y belleza artística.

*
* *

Instituto de Valencia. Memoria del curso de 1887 á 1888, escrita por el DR. D. EMILIO RIBERA Y GÓMEZ.—Valencia, 1889.

En este centro docente, que tanto honra á sus dignos pro-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

fesores, hubo en el curso de 1887 á 1888 1.779 inscripciones en la enseñanza oficial, 1.463 en la privada y 208 en la doméstica; ganaron curso, respectivamente, 1.413, 1.276 y 127. Sigue apareciendo, como en años anteriores, superior el resultado de la enseñanza privada al de la oficial y muy inferior á ambas el de la doméstica. Á juicio del Sr. Ribera, se debe esto al sistema de examinar por comisiones y á los escasos medios de que se dispone para corregir á los alumnos desaplicados en la enseñanza oficial. Pero se nota que, no obstante el saludable rigor de los tribunales del Instituto de Valencia, va disminuyendo el número de los alumnos que pierden curso.

*
* *

Le Cylindrographe. Aparato panorámico, por P. MÖESSARD, Comandante de Ingenieros.—París, Gauthier-Villars é hijos, 1889.—Dos volúmenes en 8.º, con figuras y una gran lámina fototípica cada uno. Precio: 3 pesetas.

En el primer tomo estudia el autor el *cilindrógrafo* en los conceptos pintoresco y fotográfico, explica el principio teórico en que se funda, describe detalladamente el aparato é indica su uso y las múltiples aplicaciones á que da lugar. En el segundo tomo trata del empleo del *cilindrógrafo* en el levantamiento de planos y en las medidas de precisión en general. Observa el autor que desaparecen los inconvenientes que presenta la aplicación de la fotografía á los trabajos topográficos, sustituyendo á la perspectiva plana la cilíndrica, tal como la da el *cilindrógrafo*.

Pertenece esta obrita á la «Biblioteca fotográfica,» y de ella forma parte también la intitulada *Traité pratique du développement*, estudio razonado de los diversos modos de revelar, por Alberto Londe, Director del servicio fotográfico del Hospicio de la Salpêtrière; forma un bonito volumen en 8.º de 84 páginas, con figuras en el texto y cinco láminas dobles fototípicas. Se vende á 2,75 pesetas el ejemplar, y está elegantemente impreso por los ilustrados editores Gauthier-Villars é hijos.

R. A.

ÍNDICE DEL TOMO LXXV

15 DE JULIO DE 1889

	Páginas.
Solemnidad académica, por D. Rafael Álvarez Sereix.....	5
El teatro tagalo (continuación), por D. Vicente Barrantes.....	20
Origen y desarrollo de la vida en el globo (conclusión), por el Marqués de Nadaillac.....	32
Félix González Carballeda, por D. Javier Ugarte.....	49
El pueblo de mi mujer, por Ramiro.....	60
Juan de Castellanos, por D. Marcos Jiménez de la Espada.....	68
Felipe II y el Cónclave de 1559 (continuación), por D. Ricardo de Hinojosa.....	87
Crónica política, por A.....	95
Revista extranjera, por S.....	104
Boletín bibliográfico.....	109

30 DE JULIO DE 1889

Cuestionos económicas, por D. Rafael González.....	113
El teatro tagalo (continuación), por D. Vicente Barrantes.....	123
Los males de la patria (continuación), por D. L. Mallada.....	141
Felipe II y el Cónclave de 1559 (conclusión), por D. Ricardo de Hinojosa.....	154
Origen y destinos del arte (conclusión), por D. M. Gabriel Seailles..	160
Juan de Castellanos (conclusión), por D. Marcos Jiménez de la Espada.....	176
El socialismo (continuación), por D. Cristobal Botella.....	195
Ginés Pérez de Hita (continuación), por D. Nicolás Acero y Abad..	212
Boletín bibliográfico.....	221

15 DE AGOSTO DE 1889

Condiciones para el desempeño de la función del jurado, por don Francisco de Asís Pacheco.....	225
El teatro tagalo (continuación), por D. Vicente Barrantes.....	243
Acontecimientos literarios, por D. Melchor de Palau.....	267
Disertissima oratio, poesía, por D. Ramón del Busto Valdés.....	281
Después de misa mayor, por Ramiro.....	300
Congreso literario y artístico internacional de Venecia, por D. José del Castillo y Soriano.....	308
Ginés Pérez de Hita (continuación), por D. Nicolás Acero y Abad..	322
Revista extranjera, por S.....	328
Boletín bibliográfico.....	333

30 DE AGOSTO DE 1889

La pintura en los tiempos actuales, por D. Anselmo R. de Rivas....	337
Condiciones para el desempeño de la función de jurado (continuación), por D. Francisco de Asís Pacheco.....	363
Disertissima oratio (conclusión), poesía, por D. Ramón del Busto Valdés.....	378
El café y sus propiedades (continuación), por el Dr. González del Valle.....	396
Los males de la patria (continuación), por D. L. Mallada.....	412
Congreso literario y artístico internacional de Venecia (continuación), por D. José del Castillo y Soriano.....	423
La esclavitud, por C. María Barberán.....	437
Revista extranjera, por S.....	441
Boletín bibliográfico.....	445

15 DE SEPTIEMBRE DE 1889

Constantinopla en los siglos XVI y XVII, por D. Julio de Sigüenza .	449
Congreso literario y artístico internacional de Venecia (conclusión), por D. José del Castillo y Soriano.....	476
Los males de la patria (continuación), por D. L. Mallada.....	491
La hermana de la Caridad, por D. Carlos M. Barberán.....	504
Antonio de Trueba y «Lo Gayter del Llobregat» (Rubió y Ors), por D. José Pérez Ballesteros.....	507
Seis días en Zaragoza, por D. J. Casañ.....	516
Ginés Pérez de Hita (conclusión), por D. Nicolás Acero y Abad....	536
Revista extranjera, por S.....	551
Boletín bibliográfico.....	557

30 DE SEPTIEMBRE DE 1889

Reforma de la ortografía castellana, por D. Tomás Escriche.....	561
Los males de la patria (continuación), por D. L. Mallada.....	581
Seis días en Zaragoza (continuación), por D. J. Casañ.....	596
El preboste de Lequeitio, leyenda, por D. Vicente de Arana.....	618
Un viaje por Marruecos (continuación), por D. Cristóbal Benítez....	622
El café y sus propiedades (conclusión), por el Dr. González del Valle.	639
Revista de teatros, por <i>Ramiro</i>	655
Crónica política, por A.....	661
Boletín bibliográfico.....	669